

ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ

DE AVELLANEDA Y AVELLANEDAS

SEPARATA

Edad de Oro, XXV

Universidad Autónoma de Madrid

2006

DE AVELLANEDA Y AVELLANEDAS

ALFONSO MARTÍN JIMÉNEZ
(Universidad de Valladolid)

Mi intención consiste en mostrar dos aspectos relacionados con la apasionante disputa literaria que se produjo entre Cervantes y Avellaneda: en primer lugar, que toda la segunda parte del *Quijote* cervantino constituye una imitación del *Quijote* apócrifo; y en segundo lugar, que el mismo Cervantes identificaba a Avellaneda con el aragonés Jerónimo de Pasamonte.

Por lo que respecta, en primer lugar, a la influencia del *Quijote* de Avellaneda en la segunda parte del *Quijote* cervantino, la crítica ha creído y defendido que Cervantes solo llegó a conocer el *Quijote* apócrifo cuando fue publicado en 1614. De hecho, Cervantes lo mencionó por primera vez en el capítulo LIX de la segunda parte de su *Quijote*, y refiriéndose a él como un libro ya publicado, y eso ha llevado a creer que Cervantes había compuesto los capítulos anteriores de su obra antes de conocer la de Avellaneda. No obstante, como en esos capítulos se observaron algunas influencias del *Quijote* apócrifo, se pensó que Cervantes habría rehecho algunos de los episodios que ya había compuesto para incluir en ellos referencias a Avellaneda.

Sin embargo, el *Quijote* apócrifo circuló en forma manuscrita con anterioridad a su publicación, y Cervantes conoció el manuscrito de Avellaneda antes de empezar a escribir la segunda parte de su *Quijote*.

A este respecto, Ellen M. Anderson y Gonzalo Pontón, basándose en los datos que ofrecía en un libro de 2001¹, escriben lo siguiente:

«La circulación manuscrita del *Quijote* de Avellaneda está lejos de ser un hecho probado; y, en todo caso, los indicios que acaso apunten a una posible difusión de la obra ya en la primavera de 1613 (según sostiene Martín Jiménez), no dejan a Cervantes un margen de tiempo demasiado holgado para escribir la totalidad de la Segunda parte»².

Pues bien, y como creo haber demostrado posteriormente³, Cervantes conocía ya el manuscrito de Avellaneda antes de escribir el entremés de *La guarda cuidadosa* (que lleva una fecha interna de 6 de mayo de 1611, la cual seguramente corresponde al momento en que fue compuesto), *El coloquio de los perros* (novela ejemplar culminada antes del 2 de julio de 1612, fecha de la solicitud de aprobación de las *Novelas ejemplares*) o la parte versificada del *Viaje del Parnaso* (compuesta hacia 1612 y concluida antes de julio de 1613), ya que en dichas obras realizó continuas alusiones al *Quijote* apócrifo y realizó frecuentes calcos literales de sus expresiones, lo que constituye la prueba fehaciente de que la obra de Avellaneda circuló en manuscritos antes de su publicación. El manuscrito de Avellaneda seguramente ya había llegado a manos de Cervantes en mayo de 1611, y, con toda seguridad, antes de julio de 1612, por lo que tuvo tiempo de sobra para escribir la segunda parte de su *Quijote* remedando el manuscrito de su rival.

Así pues, Cervantes conocía el manuscrito de Avellaneda al escribir algunas de sus obras que serían publicadas antes de la segunda parte de su *Quijote*. Pero fue en esta obra donde quiso dar una respuesta más directa a Avellaneda, y su estrategia consistió en pagar con su misma moneda al imitador, sirviéndose del manuscrito del *Quijote* apócrifo para componer todos y cada uno de los episodios de la segunda parte de su *Quijote*. El que este hecho sorprendente no haya sido

¹ Cfr. Alfonso Martín Jiménez, *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca. La «Vida» de Pasamonte y «Avellaneda»*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2001.

² Ellen M. Anderson y Gonzalo Pontón, «La composición del *Quijote*», en «Prólogo» a Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2004, págs. XLIII-CCLXXVI, págs. CXCI-CCXX, pág. CCXV.

³ Cfr. Alfonso Martín Jiménez, *Cervantes y Pasamonte. La réplica cervantina al «Quijote» de Avellaneda*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2005 y Alfonso Martín Jiménez, «Cervantes sabía que Pasamonte era Avellaneda: la *Vida* de Pasamonte, el *Quijote* apócrifo y *El coloquio de los perros*», *Cervantes* (en prensa).

advertido hasta el momento obedece sin duda al desprecio que ha pesado sobre la obra de Avellaneda, pero también a la influencia de la propia tradición de los estudios cervantinos, que ha impedido advertir la verdadera naturaleza de la segunda parte del *Quijote* de Cervantes, ya que ha sido considerada erróneamente como una obra autónoma desde los inicios de la Historia de la Literatura.

En los últimos años se ha ido observando un número cada vez mayor de influencias de Avellaneda en los primeros cincuenta y ocho capítulos de la segunda parte del *Quijote* cervantino⁴, lo que obliga forzosamente a reconsiderar la creencia de que Cervantes solo conoció la obra apócrifa cuando fue publicada⁵. Como señalan Ellen M. Anderson y Gonzalo Pontón,

«el tiempo es también el principal adversario de una revisión en profundidad llevada a cabo después de la impresión del apócrifo, pues resulta difícil aceptar que en apenas seis meses (entre finales de verano de 1614, cuando

⁴ Cfr. Francisco Maldonado de Guevara, «El incidente Avellaneda», *Anales Cervantinos*, V (1955-1956), págs. 41-62; Martín de Riquer, «Introducción» a Alonso Fernández de Avellaneda, *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Martín de Riquer, Madrid: Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos), 1972, 3 vols., págs. VII-CIV, págs. XXX-XXXI; Albert A. Sicoff, «La segunda muerte de don Quijote como respuesta de Cervantes a Avellaneda», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV, 2 (1975), págs. 267-91; Nicolás Marín, «Reconocimiento y expiación: Don Juan, Don Jerónimo, Don Álvaro, Don Quijote», en Nicolás Marín, *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, ed. póstuma de Agustín de la Granja, Granada: Universidad de Granada, 1988, págs. 249-71; Nicolás Marín, «Cervantes frente a Avellaneda: la duquesa y Bárbara», en Nicolás Marín, *op. cit.*, págs. 273-78; Carlos Romero Muñoz, «Nueva lectura de El retablo de maese Pedro», en *Actas del I Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona: Anthropos, 1990, págs. 95-130; Carlos Romero Muñoz, «La invención de Sansón Carrasco», en *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona: Anthropos, 1991, págs. 27-69; Carlos Romero Muñoz, «Dos libros en el libro. A propósito de un tardío hallazgo cervantino», *Rassegna Iberistica (Omaggio a Franco Meregalli)*, XLVI (1993), págs. 99-119; Carlos Romero Muñoz, «Algo más acerca de la "anchisima presencia" de Montesinos (*Quijote*, II-xxiv)», *Rassegna Iberistica*, LX (1996), págs. 35-6; Carlos Romero Muñoz, «Animales inmundos y soeces» (*Quijote* II-LVIII-LIX y LXVIII), *Rassegna Iberistica*, XLVIII (1998), págs. 3-24; Carlos Romero Muñoz, «Los paratextos del *Quijote* de 1615, leídos desde el de 1614», *L'Acqua era D'oro sotto i ponti. Studi di Iberistica che gli Amici offrono a Manuel Simões*, per le cure di Giuseppe Bellini e Donatella Ferro, Studi di Letteratura Ispano-Americana, Biblioteca della Ricerca, Roma: Bulzoni Editore, 2001, págs. 261-78; James Iffland, *De fiestas y aguafiestas: risa, locura e ideología en Cervantes y Avellaneda*, Navarra-Madrid-Frankfurt am Main: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 1999, pág. 382; James Iffland, «Do We Really Need to Read Avellaneda?», *Cervantes*, 21.1 (2001), págs. 67-83; Luis Gómez Canseco, «Introducción» a Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Luis Gómez Canseco, Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, págs. 7-138, págs. 70-81, 768-69; Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2001), págs. 193-421 y Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2005), págs. 175-258.

⁵ Vid. al respecto Carlos Romero Muñoz, «Genio y figura de Teresa Panza», en *Peregrinamente pergrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. de A. Villar Lecumberri, Barcelona: Asociación de Cervantistas, 2004, I, págs. 103-47, pág. 132.

se publicó la continuación de Avellaneda, y finales de febrero de 1615, fecha de la primera aprobación del *Ingenioso caballero*) Cervantes haya podido no solo escribir los capítulos 59 a 74, sino transformar importantes secciones de los capítulos 1 a 58»⁶.

Además, si Cervantes hubiera reelaborado esos capítulos iniciales tras conocer el *Quijote* apócrifo ya publicado, no tendría sentido que no hubiera mencionado en ellos a Avellaneda. Lo cierto es que Cervantes escribió sus primeros cincuenta y ocho capítulos remedando, aunque sin citarlo para que no cobrara renombre a su costa, el manuscrito del *Quijote* apócrifo, y solo cuando supo que la obra de su rival había sido publicada se vio impelido a mencionarla expresamente para criticarla, lo que hizo en el mencionado capítulo LIX. Y este hecho incontestable viene ratificado por las alusiones al manuscrito de Avellaneda que aparecen en obras de Cervantes compuestas antes que la segunda parte de su *Quijote* (como *El coloquio de los perros* o el *Viaje del Parnaso*), en las que tampoco se menciona expresamente a Avellaneda. Pero aunque en el capítulo LIX Cervantes se refirió ya abiertamente al *Quijote* apócrifo recién publicado, siguió empleando en los capítulos siguientes la misma estrategia de respuesta, y continuó remedando de manera encubierta los pasajes de Avellaneda hasta el final de su segunda parte, lo que es clara muestra de su intención de servirse en todo momento de la obra apócrifa para construir la suya.

La imitación del *Quijote* apócrifo se observa con toda claridad desde el primer párrafo de la segunda parte del *Quijote* cervantino. El *Quijote* apócrifo empezaba así:

«El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él decendía, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la *tercera salida* que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha para ir a una justas que se hacían en la insigne ciudad de Zaragoza, y dice desta manera:

Después de haber sido llevado don Quijote por el cura y el barbero y la hermosa Dorotea a su lugar en una jaula, con Sancho Panza, su escudero, fue metido en un aposento con una gruesa y pesada cadena al pie, adonde, *no con pequeño regalo de pistos y cosas conservativas y sustanciales*, le volvieron poco a poco a su natural juicio»⁷.

⁶ Ellen M. Anderson y Gonzalo Pontón, *op. cit.*, pág. CCXV.

⁷ Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Luis Gómez Canseco, *op. cit.*, cap. I, págs. 207-8. En adelante cito la obra de Avellaneda por esta edición.

Y Cervantes inició así su segunda parte:

«*Cuenta Cide Hamete Benengeli*, en la segunda parte desta historia y *tercera salida* de don Quijote, *que* el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta *con regalarle*, dándole a comer *cosas confortativas* y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura. Las cuales dijeron que así lo hacían, y lo harían, con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en *su entero juicio*; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes»⁸.

Como se puede apreciar, la frase inicial del *Quijote* apócrifo («*El sabio Aliso-lán [...] dice que...*») es remedada en la que inicia la segunda parte cervantina («*Cuenta Cide Hamete Benengeli [...] que...*»). Avellaneda se refiere a la «tercera salida» de don Quijote, y lo mismo hace Cervantes. Al don Quijote de Avellaneda le curan «con regalo» de «*cosas conservativas y sustanciales*», y al cervantino cuentan «con regalarle» con «*cosas confortativas y apropiadas*», y si al primero «le volvieron poco a poco a *su natural juicio*», el segundo da «muestras de estar en *su entero juicio*». Avellaneda recuerda que don Quijote había «sido llevado [...] a su lugar en una jaula», y Cervantes se refiere al mismo asunto al indicar que a don Quijote le habían «traído encantado en el carro de los bueyes». Por lo tanto, podemos afirmar con certeza que el inicio de la segunda parte del *Quijote* de Cervantes remeda el comienzo del *Quijote* de Avellaneda.

En este mismo primer párrafo, Cervantes corrige algunos aspectos del primer capítulo del *Quijote* apócrifo. Avellaneda había situado el inicio de la acción un año después del regreso a casa de don Quijote: «¿Es de algunas caballerías como aquellas en que nosotros anduvimos tan neciamente *el otro año?*» (I, pág. 211). Cervantes rectifica a su rival, y sitúa la acción un mes después del regreso de don Quijote: «el cura y el barbero se estuvieron *casi un mes* sin verle». Así, a la primera parte le sigue inmediatamente después la verdadera segunda parte, sin que entre medias puedan figurar las aventuras del falso don Quijote. Si Cervantes menciona a la sobrina y al ama es porque Avellaneda había hecho morir a la primera y se había olvidado de la segunda, y si rechaza ahora la división en cuatro partes que él mismo había instaurado en el primer

⁸ Miguel de Cervantes, *Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, en Miguel de Cervantes, *Obras completas*, ed. de Florencio Sevilla, Madrid: Castalia, 1999, págs. 321-507, cap. I, pág. 327. En adelante cito la obra de Cervantes por esta edición.

Quijote, refiriéndose a la «segunda parte» de la historia, es porque Avellaneda había continuado dicha división, escribiendo la quinta, sexta y séptima parte de las aventuras de don Quijote.

Por lo tanto, ya en el primer párrafo de la segunda parte del *Quijote* cervantino se ponen en juego dos de las estrategias cervantinas de respuesta a Avellaneda, que se prodigarán a todo lo largo de la obra: la corrección de los hechos o de las características de los personajes de Avellaneda, y las alusiones veladas a los términos y a los episodios que figuraban en el *Quijote* apócrifo, de manera que Cervantes remedará una y otra vez dichos episodios, en ocasiones tratando de mejorarlos, y otras con una intención claramente burlesca.

Las referencias al *Quijote* apócrifo se suceden ininterrumpidamente hasta el final de la segunda parte del *Quijote* de Cervantes, el cual sin duda tuvo delante al comenzar a escribirla el manuscrito de Avellaneda, ya que calca literalmente sus expresiones y remeda una y otra vez sus episodios⁹. Las conversaciones previas a la tercera salida de don Quijote (capítulos II-VII) están llenas de alusiones al manuscrito del *Quijote* apócrifo, y a través de ellas Cervantes trata de distinguir a sus personajes de los de Avellaneda. Así, Cervantes insiste en que don Quijote sigue fielmente enamorado de Dulcinea porque el don Quijote avellanedesco la había repudiado, adoptando el sobrenombre de «Caballero Desamorado»; recuerda que entre don Quijote y su escudero existe una estrecha relación que no se daba en la obra apócrifa, y hace ver que Sancho, al contrario que el escudero avellanedesco, no entiende ni habla el latín, y le otorga además una inesperada discreción para distanciarle de la exclusiva simpleza del escudero de Avellaneda, hasta el punto de que su nueva forma de hablar hace al traductor tener el capítulo quinto por apócrifo. Al salir de su pueblo, el don Quijote cervantino va a visitar a Dulcinea (capítulos VIII-X), y lo hace para distinguirse del «Caballero Desamorado» de Avellaneda. Don Quijote se cruza después con una compañía de comediantes que vienen de representar el *Auto Sacramental de las Cortes de la Muerte* de Lope de Vega (capítulo XI), de igual forma que el don Quijote de Avellaneda se encontraba con una compañía de comediantes que representaba otra obra del Fénix.

En la disputa con el Caballero del Bosque y en la conversación de los escuderos (capítulos XII-XV), Cervantes parodía el combate que se produce en el *Quijote* apócrifo entre el Sancho avellanedesco y el escudero negro de Bramidán de Tajayunque, y el Caballero del Bosque dice haber vencido a don Quijote, el cual replica que «Podría ser que fuese otro que le pareciese» (II-XIV, pág. 357)¹⁰,

⁹ Cfr. Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2001), págs. 193-421 y Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2005), págs. 175-258.

¹⁰ Cito las obras de Cervantes por la edición de sus *Obras completas* de Florencio Sevilla (Madrid: Castalia, 1999).

en clara referencia a la existencia de su homólogo avellanedesco. Las cualidades que Cervantes atribuye al Caballero del Verde Gabán (capítulos XVI-XVIII) están basadas en los consejos que el mosén Valentín de Avellaneda daba a don Quijote, y el nombre que Cervantes otorga al caballero, Diego de Miranda, corresponde al de uno de los implicados en el caso Ezpeleta, aludido por Avellaneda en su cuento de *Los felices amantes*. En el episodio de las bodas de Camacho (capítulos XIX-XXI), Cervantes convierte en protagonistas de un suceso amoroso a Basilio y Quiteria, personajes formados a partir de San Basilio y Santa Quiteria, cuyas vidas se recogían en el *Flos sanctorum*, libro que leía y elogiaba el don Quijote de Avellaneda. Y el banquete rústico que ofrece Camacho presenta claras analogías con el banquete cortesano de Zaragoza del *Quijote* apócrifo. Cervantes hace que su don Quijote descienda después a la cueva de Montesinos (capítulos XXII-XXIII) porque el don Quijote de Avellaneda se había referido a la leyenda de Montesinos en uno de sus discursos. Y el conocimiento de la lengua asnuna que decía tener el Sancho de Avellaneda es remedado en el pasaje del pueblo del rebuzno (capítulos XXIV-XXV), en cuyo desenlace el propio escudero cervantino muestra también dominar dicha lengua (capítulo XXVIII).

En el episodio del retablo de maese Pedro (capítulos XXV-XXVII), don Quijote interrumpe la representación del retablo la libertad de Melisendra, el cual constituye un remedo paródico del *Entremés de Melisendra* de Lope de Vega¹¹, de igual manera que el don Quijote de Avellaneda había interrumpido la escenificación de *El testimonio vengado*, también de Lope de Vega. El episodio del barco encantado (capítulo XXIX), en el que don Quijote confunde las aceñas del río con un castillo o fortaleza, exigiendo la libertad de los cautivos que cree encerrados en ella, supone un claro remedo de lo acontecido al don Quijote de Avellaneda en la venta cercana a Alcalá, que tomaba asimismo por fortaleza o castillo, reclamando igualmente la liberación de los que allí creía apresados.

Los episodios que transcurren en la casa de los duques (capítulos XXX-LVII) están claramente basados en las experiencias del don Quijote avellanedesco entre los nobles cortesanos, los cuales se entretenían con la conversación de don Quijote y Sancho y preparaban una serie de burlas para divertirse a su costa, exactamente igual que hacen los duques cervantinos. Así, el don Quijote de Avellaneda era tratado como un caballero andante por los nobles madrileños, y los duques también tratan al cervantino como tal; el don Quijote de Avellaneda se desnudaba ante los nobles cortesanos produciendo su hilaridad, y el cervantino es desnudado ante los duques, causando el mismo regocijo; el Sancho de Avellaneda mostraba su impertinencia al comer con el Archipámpano y su mujer, y el cervantino muestra su discreción durante la comida con los duques; el

¹¹ Cfr. Helena Percas de Ponseti, «Cervantes y Lope de Vega: Postrimerías de un duelo literario y una hipótesis», *Cervantes*, XXIII, 1 (spring 2003), págs. 63-115, págs. 72-90.

escudero avellanedesco se arrodillaba ante los nobles cortesanos, y el cervantino lo hace ante los duques; el primero se manchaba las barbas con *pellas* de manjar blanco, y el segundo se las lava con *pellas* de jabón... Y si los nobles cortesanos preparaban la burla del gigante Bramidán de Tajayunque, que se transformaba finalmente en la Infanta Burlerina, los duques organizan la del desencantamiento de Dulcinea y la de la Dueña Dolorida, en las que también se producen transformaciones sexuales. La carta que escribe el Sancho cervantino a su mujer es un claro remedo de la que enviaba a la suya el escudero de Avellaneda, y si éste adquiriría un gran protagonismo en la obra apócrifa, Cervantes otorga el mismo protagonismo a su escudero en los episodios de la ínsula Barataria, en los cuales no solo es sometido a una estricta dieta que sirve de réplica a los banquetes con que regalaban al Sancho avellanedesco, sino que muestra además, frente a la simpleza de su homólogo, una gran discreción en la resolución de los casos que se le plantean. El combate entre don Quijote y Tosilos remite claramente a la disputa entre el caballero de Avellaneda y el príncipe Periano, quien, como Tosilos, pelea por el honor de una dama y acaba dándose por vencido sin entrar en combate. Y si en el episodio de la Arcadia (capítulo LVIII) don Quijote reta a quienes no reconozcan la belleza de las pastoras, es porque el don Quijote de Avellaneda desafiaba a quienes no admitieran la belleza de la reina Zenobia.

Cuando Cervantes supo que el *Quijote* apócrifo había sido publicado, adquiriendo una categoría más preocupante, decidió mencionarlo de forma expresa para criticarlo, lo que hizo en el capítulo LIX. Y como el don Quijote de Avellaneda había ido a Zaragoza, el cervantino decide no ir allí y encaminarse a Barcelona. En el viaje a esa ciudad tiene lugar el episodio de Claudia Jerónima (capítulo LX), en el que se produce un malentendido amoroso que guarda un claro paralelismo con el cuento avellanedesco de *El rico desesperado*. Y a pesar de no ir a Zaragoza, a los personajes cervantinos les ocurren en Barcelona (capítulos LXI-LXV) algunas cosas muy parecidas a las que experimentaban los avellanedescos en la ciudad aragonesa: en ambos casos los caballeros que le acogen burlan a don Quijote, se hace referencia a las habilidades de Sancho como zapateador y se propone correr una sortija. Y el episodio de Ana Félix constituye un remedo del cuento de *Los felices amantes* de Avellaneda, uno de cuyos protagonistas, don Gregorio, se llama igual que el amante de la morisca cervantina, y es también condenado, como el don Gregorio de Avellaneda, a una especie de destierro en Argel, tras el cual visita a sus padres, como había hecho el personaje avellanedesco.

Tras ser vencido por Sansón Carrasco, don Quijote emprende el camino de regreso hacia su pueblo (capítulos LXVI-LXXI), pasando por los mismos sitios que a la ida, como el don Quijote de Avellaneda en su viaje de ida y vuelta a Zaragoza. Cervantes se apropia después del Álvaro Tarfe avellanedesco (capítulo LXXII) para hacerle testificar que su Sancho y su don Quijote son los ver-

daderos. Y sin dejar de realizar nuevas referencias encubiertas al libro apócrifo (capítulos LXXIII-LXIV), Cervantes hace que don Quijote recupere finalmente la razón, como la recuperaba el don Quijote de Avellaneda en el capítulo final de la obra apócrifa.

En definitiva, no cabe duda de que Cervantes remedó la obra de Avellaneda al componer la totalidad de los episodios de su segunda parte, comenzando su imitación en el primer capítulo y continuándola ininterrumpidamente hasta el final, por lo que la obra cervantina no puede seguir entendiéndose ni presentándose como un texto autónomo.

QUEDA POR ZANJAR LA CUESTIÓN SOBRE LA IDENTIDAD DE AVELLANEDA

A mi modo de ver, la resolución de esa cuestión está lejos de ser algo secundario, que solo aportaría, como se ha dicho, un nombre u otro que asociar al libro apócrifo. Y ello es así no solo porque Avellaneda está presente, transfigurado en personaje, en las dos partes del *Quijote* cervantino, sino también porque influyó de manera determinante en el proceso de composición de esas dos partes.

Como es sabido, Martín de Riquer propuso que Avellaneda podía ser el soldado aragonés Jerónimo de Pasamonte, autor de la autobiografía titulada *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*¹². La hipótesis de Riquer no encontró una aceptación unánime por parte de la crítica, y ha sido objeto de algunas refutaciones¹³. Por otra parte, el elogio que se hace de Lope de Vega en el *Quijote* apócrifo ha llevado a la suposición de que Avellaneda debía ser una persona cercana al Fénix, y no faltan quienes han atribuido la obra apócrifa a Lope de Vega y a su círculo de amistades¹⁴. Precisamente, una de las objeciones que se suelen hacer a la candidatura de Pasamonte como autor del *Quijote* apócrifo es que no está documentada su relación con Lope de Vega. Sin embargo, esa objeción de ninguna manera cuestiona que Pasamonte pudiera ser Avellaneda, pues los datos que figuran sobre Lope de Vega en el *Quijote* apócrifo no demuestran que su autor fuera un allegado del Fénix. Antes al contrario, Avellaneda solo muestra conocer los datos de Lope de Vega que figuraban en sus obras publicadas. En efecto, Avellaneda menciona algunas obras publicadas del Fénix (las

¹² Cfr. Martín de Riquer, «El Quijote y los libros», *Papeles de Son Armadans*, XIV (1969), págs. 9-24; Martín de Riquer, *Cervantes, Passamonte y Avellaneda*, Barcelona: Sirmio, 1988 (nueva versión en Martín de Riquer, *Para leer a Cervantes*, Barcelona: El Acantilado, 2003, págs. 387-535).

¹³ Cfr., entre otros, Valentín Azcune, «Avellaneda no es Passamonte», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, XVI (1998), págs. 247-54; Carlos Romero Muñoz, *op. cit.* (1990), págs. 95-130, pág. 109, nota 80 y James Iffland, *op. cit.* (1999), pág. 583, nota 22.

¹⁴ Cfr. Luis Gómez Canseco, *op. cit.* (2000), y José Luis Pérez López, «Lope, Medinilla, Cervantes y Avellaneda», *Criticón*, LXXXVI (2002), págs. 41-71.

Rimas humanas, de 1602; un epigrama tomado del canto xx de *La hermosura de Angélica*, de 1602, y *El testimonio vengado*, que figuraba en la primera parte de *Comedias de Lope de Vega*, de 1604), y a eso solo añade un comentario sobre la envidia que Lope provocaba y una mención de su condición de familiar del Santo Oficio. Y esos datos eran, precisamente, los que figuraban en las obras impresas de Lope, por lo que eran asequibles a cualquier lector. Lope de Vega había comentado la envidia que supuestamente despertaba en los preliminares de *La Arcadia* (1598) y de *El peregrino en su patria* (1604), y en la portada de la *Jerusalén conquistada* (1609) constaba que había sido escrita por «Lope Felis de Vega Carpio Familiar del Santo Oficio de la Inquisición». Por eso, a Avellaneda le pudo bastar con leer esas obras publicadas de Lope para realizar sus comentarios sobre la envidia y su condición de familiar del Santo Oficio, y no hay por qué suponer que tuviera que ser amigo del Fénix.

Las restantes objeciones que se han hecho a la hipótesis de Riquer tampoco resultan consistentes. Así, se han tratado de exagerar los problemas de salud mental o las dificultades visuales de Pasamonte como causas que le incapacitarían para escribir el *Quijote* apócrifo, cuando conocemos esas características, precisamente, a través de una obra extensa que él mismo escribió; y si esos problemas no le impidieron redactar de su propia mano su autobiografía, tampoco tuvieron por qué impedirle escribir el *Quijote* apócrifo. No faltan, por otra parte, quienes alegan diferencias de estilo o calidad entre la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y el *Quijote* de Avellaneda, suponiendo que el autor de la autobiografía no estaba capacitado para escribir la obra espuria. Pero esa suposición, como tal, carece de valor demostrativo, y las alegaciones basadas en las diferencias de estilo o de calidad no alcanzan a refutar que ambas obras pertenezcan al mismo autor. Conviene tener en cuenta, a este respecto, que la propia apariencia de las ediciones de esas obras ha colaborado a aumentar la sensación de que su estilo o calidad son diferentes. El manuscrito de la autobiografía de Pasamonte no fue publicado en vida de su autor, por lo que no se adecuó a las convenciones de la imprenta de la época, y la primera edición realizada por Raymond Foulché-Delbosc en 1922 (en la que se han basado las versiones posteriores) mantuvo los usos antiguos del manuscrito¹⁵. El texto del *Quijote* de Avellaneda, sin em-

¹⁵ Véase *Vida y trabajos de Gerónimo de Passamonte*, ed. de Raymond Foulché Delbosc, *Revue Hispanique*, LV (1922), págs. 310-446. La versión posterior de José María de Cossío moderniza parcialmente la grafía: *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, en *Autobiografía de soldados (siglos xvii)*, Biblioteca de Autores Españoles: Madrid, Atlas, 1956, tomo XC, págs. 5-73). Recientemente se ha editado una versión digital más actualizada: *Vida y trabajos de Gerónimo de Pasamonte*, ed. de Florencio Sevilla Arroyo, <http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02437218856810720865502/>. Vid. además la versión digital de Enrique Suárez Figaredo, *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, 2003, <http://users.ipfw.edu/jehle/Cervantes/othertxts/VidaPasamonte.htm>. Por otra parte, la autobiografía de Pasamonte abunda en aragonesismos, italianismos y términos marinos o militares que hoy en día resultan difíciles de interpretar,

bargo, fue adecuado ya en 1614 a las características tipográficas de las obras impresas, y las ediciones contemporáneas de la obra suelen actualizar la grafía y la puntuación¹⁶, por lo que su apariencia es muy diferente a las de la autobiografía de Pasamonte. Pero es preciso considerar, sobre todo, que la *Vida* de Pasamonte y el *Quijote* de Avellaneda pertenecen a géneros claramente distintos, lo que determina necesariamente sus diferencias. De hecho, la autobiografía del aragonés se originó como un memorial destinado a las autoridades reales para obtener algún beneficio a cambio de los servicios militares prestados, por lo que su estilo se acerca al de los documentos administrativos; y aunque Pasamonte quiso además divulgar su obra haciéndola circular en manuscritos, su intención al componerla, como ocurre en muchas de las memorias o autobiografías que se escriben en la actualidad, no era tanto la de seducir a sus destinatarios por su calidad estilística como la de hacerles llegar de manera sencilla y llana sus «trabajos» o penalidades, así como las conclusiones morales y religiosas que había extraído de su azarosa existencia. El *Quijote* apócrifo, sin embargo, fue escrito años más tarde y con una finalidad muy distinta, ya que era un libro de entretenimiento que se compuso, como veremos, después de que Cervantes realizara en la primera parte del *Quijote* una imitación meliorativa de la autobiografía de Pasamonte, el cual se vio impelido a competir literariamente con Cervantes al escribir la continuación espuria, motivación que no tenía al componer su *Vida*. Por lo tanto, las dos obras se escribieron en momentos distantes y con motivaciones disímiles, por lo que sus diferencias estilísticas, genéricas o de calidad no impiden considerar que fueran escritas por la misma persona. Y lo cierto es que ambas obras, a pesar de esas diferencias, presentan notables coincidencias expresivas y temáticas que denuncian una misma autoría.

Por otra parte, se han hecho no pocos estudios comparativos entre los «tics» gramaticales y los usos expresivos de Avellaneda y las obras de otros autores que se proponen como candidatos a la autoría del *Quijote* apócrifo. Sin embargo, ese tipo de análisis ha mostrado sus limitaciones para establecer por sí solo la identidad de Avellaneda, pues ha puesto de manifiesto que existen una gran cantidad de coincidencias expresivas entre Avellaneda y otros muchos autores, como Ginés Pérez de Hita¹⁷, Cristóbal Suárez de

y la ausencia de ediciones críticas que ofrezcan anotaciones explicativas de esos términos ha colaborado a acrecentar sus diferencias con respecto a las ediciones anotadas del *Quijote* apócrifo.

¹⁶ Así ocurre con la edición del *Quijote* apócrifo de Fernando García Salinero (Madrid: Castalia, 1972) o con la más reciente de Luis Gómez Canseco (*op. cit.*).

¹⁷ Cfr. al respecto Manuel Muñoz Barberán, «Posibles alusiones a la persona y la obra de Ginés Pérez de Hita en los libros de Cervantes», en *Cervantes. Su obra y su mundo, Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes*, dirección de Manuel Criado de Val, Madrid: EDI-6, 1981, págs. 865-77; Manuel Muñoz Barberán, *La máscara de Tordesillas*, Barcelona: Marte, 1974; Manuel Muñoz Barberán, *Retrato de Avellaneda*, Barcelona: Marte, 1976 y Manuel Muñoz Barberán, *Sobre el autor del «Quijote» apócrifo*, Murcia: Nogués, 1989.

Figuerola¹⁸, Lope de Vega¹⁹, el autor de la *Pícara Justina*²⁰, Tirso de Molina²¹ o el propio Jerónimo de Pasamonte²². Y, evidentemente, Avellaneda no puede ser todas esas personas a la vez.

Por lo demás, existe una larga lista de candidatos no aragoneses a la autoría de la obra apócrifa²³, y quienes han formulado esas propuestas se han visto obligados a minimizar o a restar credibilidad a los testimonios cervantinos sobre el origen aragonés de Avellaneda, cuando resultan de todo punto inequívocos. Así, en el capítulo LIX de la segunda parte del *Quijote* cervantino, don Quijote hojea la obra espuria recién publicada y dice de ella que su «lenguaje es aragonés» (II-LIX, pág. 471); en el mismo capítulo LIX se dice que don Jerónimo y don Juan «verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía *su autor aragonés*» (II-LIX, pág. 472); en el capítulo LXI, al ser reconocido en Barcelona, don Quijote afirma lo siguiente: «yo apostaré que han leído nuestra historia y aun *la del aragonés* recién impresa» (II-LXI, pág. 477), y en el capítulo LXX, uno de los diablos de la visión de Altisidora se refiere a «la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por *un aragonés*, que él dice ser natural de Tordesillas» (II-LXX, págs. 496-497). Estas afirmaciones de Cervantes no ofrecen ningún lugar a dudas sobre su convencimiento de que Avellaneda era aragonés, y, por más que quieran ser ignoradas, representan un obstáculo insalvable para quienes proponen un candidato de otro origen como autor de la obra apócrifa. Al revelar que el autor del *Quijote* apócrifo era aragonés, Cervantes debió de ser muy consciente de que limitaba sustancialmente el número de personas que pudieran ser identificadas

¹⁸ Cfr. Enrique Suárez Figaredo, *Cervantes, Figuerola y el crimen de Avellaneda*, Barcelona: Carena, 2004.

¹⁹ Cfr. Alonso Fernández de Avellaneda, *op. cit.* (2000), *pássim*.

²⁰ Cfr. Javier Blasco Pascual, «Baltasar Navarrete, posible autor del *Quijote* apócrifo [1614]». *Avance de las Actas del Congreso Internacional «El nacimiento del Quijote. A las orillas de Pisuergra bellas»*, Valladolid: Beltenebros Minor, *Avances*, II, 2005.

²¹ Véase la entrevista a José Luis Madrigal en *Blanco y Negro cultural. ABC*, 12 de febrero de 2005, págs. 18-9, donde expone las conclusiones de su trabajo «El *Quijote* de Avellaneda, un crimen literario casi perfecto».

²² Cfr. Martín de Riquer, *op. cit.* (1988), págs. 137-58; Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2001), págs. 116-40; Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2005), págs. 93-112 y J. A. Frago, *El «Quijote» apócrifo y Pasamonte*, Madrid: Gredos, 2005, págs. 153-226.

²³ Cabe destacar, a este respecto, las recientes propuestas de José Luis Pérez López, quien defiende que un amigo de Lope, el toledano Baltasar Medinilla, escribió los preliminares del *Quijote* apócrifo (cfr. José Luis Pérez López, *op. cit.*) o de Javier Blasco, quien ha planteado la posibilidad de que Avellaneda pudiera ser el dominico Baltasar Navarrete, seguramente nacido en Valladolid o en Tierra de Campos (que entonces formaba parte de Valladolid), pero desvinculado, en cualquier caso, de Aragón (vid. Javier Blasco Pascual, *op. cit.*).

con Avellaneda, y seguramente lo hizo con el propósito de ofrecer un indicio inequívoco sobre la identidad de su rival. Las palabras del propio Cervantes, por lo tanto, excluyen las candidaturas de autores no aragoneses defendidas últimamente (como la del murciano Ginés Pérez de Hita, las de los madrileños Lope de Vega y Tirso de Molina, la del toledano Baltasar Elisio de Medinilla y la del vallisoletano Cristóbal Suárez de Figueroa, así como la de Baltasar Navarrete, también vinculado a Valladolid), al tiempo que sustentan sólidamente la del aragonés Jerónimo de Pasamonte.

A este respecto, Juan Antonio Frago Gracia ha tratado de ratificar el origen aragonés de Avellaneda, identificándolo con Jerónimo de Pasamonte. Para ello, se sirve del mismo procedimiento comparativo que empleé en una obra anterior²⁴, y señala algunas coincidencias argumentales entre la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y el *Quijote* de Avellaneda. Además, realiza un análisis lingüístico de ambas obras, poniendo de relieve que tanto en la autobiografía como en la novela se detectan rasgos lingüísticos semejantes, por lo que concluye que Pasamonte fue el autor del *Quijote* apócrifo²⁵.

En su análisis lingüístico de la *Vida* de Pasamonte y del *Quijote* de Avellaneda, Frago detecta matices dialectales aragoneses y la presencia de italianismos propios de un hablante bilingüe como Jerónimo de Pasamonte. Esos rasgos lingüísticos coincidentes llevan a Frago a concluir que el autor de la autobiografía y de la novela «era usuario de un español de marcado matiz arcaizante, como el de los aragoneses criados en un medio rural, aunque su cultura pudiera ser aceptable, e incluso relevante, pero de individuos ajenos a los selectos círculos urbanos y universitarios»²⁶. Y a eso hay que añadir otros rasgos característicos de su lenguaje, como el componente vulgar, los dialectalismos aragoneses y los italianismos, que se observan tanto en la autobiografía como en la novela²⁷.

El análisis lingüístico no puede aportar por sí solo una prueba definitiva sobre la identidad de Avellaneda, pues la demostración de que el autor de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y el del *Quijote* apócrifo presentan rasgos idiomáticos similares no implica necesariamente que se trate de la misma persona, ya que esos rasgos podrían ser comunes a otras. Pero sí puede sustentar que el autor del *Quijote* apócrifo era aragonés y que se vio influido por el italiano, lo que constituye otro argumento de peso para sostener que Cervantes no se equivocaba al denunciar el origen aragonés de Avellaneda, para rechazar

²⁴ Me refiero a *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca* (op. cit., 2001, págs. 116-40), donde se explicaba que Avellaneda había trasladado al ámbito de lo literario diversas experiencias vitales descritas en la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*.

²⁵ Juan Antonio Frago, op. cit.

²⁶ *Ibid.*, pág. 202.

²⁷ *Ibid.*, págs. 153-226.

cualquier candidato no aragonés a la autoría de la obra apócrifa y para apoyar la candidatura de Pasamonte.

Recientemente, José Luis Pérez López ha defendido la hipótesis (ya propuesta anteriormente por Adolfo Bonilla y San Martín) de que Avellaneda podría haber sido Pedro Liñán de Riaza, un amigo de Lope de Vega que, a pesar de ser originario de Toledo, estuvo relacionado con la localidad guadalajarenses de Villed (hoy Villed de Mesa), cercana al límite de la provincia de Zaragoza, de la que era originario su padre, Roque de Liñán, motivo por el cual fue relacionado con Aragón por Miguel de Cervantes y por Baltasar Gracián²⁸. Con lo cual, a juicio de Pérez López, «se resolvería la cuestión del autor “aragonés” a la que se refirió Cervantes»²⁹.

Pérez López parte del presupuesto, que nunca ha podido ser demostrado, de que el autor del *Quijote* apócrifo pertenecía al círculo de amistades de Lope de Vega, y las palabras de Cervantes sobre el origen aragonés de Avellaneda le llevan a buscar un candidato que, siendo cercano a Lope, fuera también aragonés. Y aunque Liñán de Riaza no fue aragonés, la cercanía del pueblo de su padre, Villed, con Aragón, justificaría, según Pérez López, el hecho de que Cervantes considerara aragonés a Avellaneda. No obstante, dicha candidatura se encuentra con un grave obstáculo, ya que Pedro Liñán de Riaza murió en 1607. Para salvar ese inconveniente, Pérez López supone que Liñán de Riaza solo habría sido el autor del primer bosquejo del *Quijote* apócrifo, que habría dejado inacabado, pero ya trazado en sus principales líneas estructurales, y que Lope de Vega y sus colaboradores se habrían encargado de culminarlo poco antes de su publicación en 1614.

Sin embargo, los argumentos con los que Pérez López trata de sustentar su propuesta son puramente hipotéticos, y no prueban que Liñán de Riaza y el círculo de Lope de Vega escribieran el *Quijote* apócrifo. De hecho, algunos de los que se presentan como más concluyentes pueden ser rebatidos a partir de los últimos datos conocidos sobre la elaboración de la obra de Avellaneda. Así, Pérez López aduce que hubo dos momentos en su composición, como parece indicar el hecho de que su frase inicial seguramente sea un añadido de última hora, ya que el sabio Alisólán que figura en ella nunca es vuelto a mencionar:

²⁸ Cervantes elogia en el «Canto de Calíope» de *La Galatea* a Liñán de Riaza relacionándolo con el río Ebro («*El sacro Ibero*, de dorado acanto, / de siempre verde hiedra y blanca oliva / su frente adorne, y en alegre canto / su gloria y fama para siempre viva, / pues su antiguo valor ensalza tanto, / que al fértil Nilo de su nombre priva, / de *Pedro de Liñán* la sutil pluma, / de todo el bien de Apolo cifra y suma» [parte 6, estr. 29]), mientras que Gracián, en su *Agudeza y arte de ingenio*, le llama equivocadamente «Nuestro bilbilitano», es decir, natural de la localidad zaragozana de Calatayud. Cfr. al respecto José Luis Pérez López, «Una hipótesis sobre el *Don Quijote* de Avellaneda: De Liñán de Riaza a Lope de Vega», en *Lemir*, IX (2005), <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista.html>, 60 págs., págs. 2-4.

²⁹ *Ibid.*, pág. 2.

«El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía, entre ciertos annales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha, pára ir a unas justas que se hacían en la insigne ciudad de Zaragoza, y dice desta manera:

Después de haber sido llevado don Quijote por el cura y el barbero y la hermosa Dorotea a su lugar en una jaula...» (I, 207-208).

A juicio de Pérez López, el segundo párrafo constituiría el inicio de la versión escrita por Liñán de Riaza antes de su muerte en 1607, y el primer párrafo sería un añadido posterior realizado por Lope de Vega o sus colaboradores al dar a la imprenta la obra después de la expulsión de los moriscos agarenos de Aragón, que tuvo lugar el 29 de mayo de 1610. Asimismo, del soneto preliminar del *Quijote* apócrifo, atribuido a Pero Fernández, se desprendería que hubo dos momentos en la composición de la obra. Pérez López edita el soneto de la siguiente manera:

DE PERO FERNÁNDEZ

Soneto

Maguer que las más altas fechorías
hombres requieren doctos e sesudos
e yo soy el menguado entre los rudos,
de buen talante escribo a más porfias.
Puesto que había una sin fin de días
que la fama escondía en libros mudos
los fechos más sin tino y cabezudos
que se han visto de Illescas hasta Olias,
ya vos endono, nobres leyenderos,
las segundas sandeces sin medida
del manchego fidalgo don Quijote,
para que escarmentéis en sus aceros,
que el que correr quisiere tan al trote,
non puede haber mejor solaz de vida³⁰.

Según Pérez López, el soneto habría sido compuesto por Lope de Vega poco antes de dar a la imprenta la obra. Los versos del segundo cuarteto («había un sin fin de días / que la fama escondía en libros mudos / los fechos más sin tino

³⁰ José Luis Pérez López, *op. cit.*, pág. 12. El soneto aparece en las páginas 202-203 de la edición del *Quijote* apócrifo de Luis Gómez Canseco.

y cabezudos / que se han visto de Illescas hasta Olías») significarían que hacía mucho tiempo que la fama escondía en libros «mudos», es decir, inéditos, la historia de don Quijote escrita antes de 1607 por Liñán de Riaza, mientras que el adverbio «ya» que abre la expresión del primer terceto («ya vos endono, nobres leyenderos, / las segundas sandeces sin medida...») indicaría el momento en el que Lope de Vega y sus seguidores habrían dado a la imprenta la obra inacabada de Liñán, que ellos mismos habrían retocado y culminado, añadiéndole el prólogo y los paratextos.

Pero hay dos importantes aspectos que Pérez López no tiene en cuenta al formular sus apreciaciones: en primer lugar, que la obra de Avellaneda circuló en forma manuscrita antes de su publicación; y en segundo lugar, que en el penúltimo verso del soneto hay una clara alusión a la forma en que era tratado Ginés de Pasamonte en la primera parte del *Quijote* cervantino.

En efecto, ya hemos visto que Cervantes conocía el manuscrito del *Quijote* apócrifo antes de componer el entremés de *La guarda cuidadosa*, *El coloquio de los perros* o el *Viaje del Parnaso*, y en dicho manuscrito ya iba incluido el párrafo en el que se menciona a Alisolán («El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que...»), ya que Cervantes alude a dicho párrafo en *El coloquio de los perros* y en los primeros capítulos de la segunda parte de su *Quijote*³¹, y especialmente en el primer párrafo de esta obra, en el cual, como hemos comprobado, lo remeda claramente. Por lo tanto, ese párrafo parece ser un añadido de última hora, pero realizado por el propio autor de la obra cuando se disponía a ponerla en circulación en forma de manuscrito, lo que seguramente hizo antes del 6 de mayo de 1611 (fecha interna de *La guarda cuidadosa*) y con toda seguridad antes del 2 de julio de 1612 (fecha de la solicitud de aprobación de las *Novelas ejemplares*). El hecho de que ese párrafo figurara en el manuscrito puesto en circulación por Avellaneda desmiente que hubiera sido incluido, como supone Pérez López, por Lope de Vega y sus colaboradores en el momento de la publicación del *Quijote* apócrifo en 1614. Y tampoco cabría suponer que fuera Lope de Vega el que hubiera añadido ese párrafo antes de hacer circular el *Quijote* apócrifo en manuscritos, ya que entonces habría tres momentos claves en el proceso de divulgación de la obra (el de su supuesta composición por Liñán de Riaza, el del momento de su hipotética puesta en circulación en manuscritos por parte del círculo de Lope, y el de su publicación en 1614 a cargo del mismo círculo), y no los dos que se indican claramente en el soneto de Pero Fernández.

La añadidura del párrafo inicial por parte de Avellaneda tiene otra fácil explicación: el grueso del *Quijote* apócrifo seguramente fue compuesto antes de que se produjera la expulsión de los moriscos, ya que Avellaneda incluyó en su obra a dos personajes moriscos: don Álvaro Tarfe, morisco granadino, y el

³¹ Cfr. *ibid.*, págs. 144, 156, 180-82 y 185-86.

melonero de Ateca, morisco aragonés. Uno de esos personajes, Álvaro Tarfe, cumplía un importante papel en la obra apócrifa, ya que era el principal amigo de don Quijote. Y dado que Felipe III había firmado el decreto de expulsión de los moriscos el 4 de agosto de 1609, la inclusión en el *Quijote* apócrifo del morisco granadino Álvaro Tarfe debió de ser anterior a esa fecha. La orden de expulsión de los moriscos aragoneses y catalanes a la que se refiere el texto de Avellaneda se publicó el 29 de mayo de 1610, por lo que después de ese día tampoco podría permanecer en España el melonero morisco de Ateca. Avellaneda debió de culminar su obra en un momento cercano a la publicación del decreto de expulsión de los moriscos aragoneses, el cual ya se había publicado cuando se dispuso a divulgarla en manuscritos, por lo que se vio impelido a justificar que en ella aparecieran dos personajes moriscos: de ahí que incluyera el párrafo inicial para explicar que los acontecimientos descritos en su obra habían tenido lugar antes de su expulsión.

Por otra parte, el hecho de que el *Quijote* apócrifo circulara en manuscritos antes de su publicación permite realizar una interpretación muy diferente del soneto de Pero Fernández. La expresión «había una sin fin de días / que la fama escondía en libros mudos / los fechos más sin tino y cabezudos...» indica que Jerónimo de Pasamonte había hecho circular el *Quijote* apócrifo desde hacía muchos días en forma de «libros mudos» o manuscritos, mientras que los versos del primer terceto («ya vos endono, nobres leyenderos, / las segundas sandeces sin medida / del manchego fidalgo don Quijote...»), hacen referencia al momento en el que Pasamonte dio a la imprenta su obra. Y digo Pasamonte porque a él remiten los dos últimos versos del soneto («que el que *correr* quisiere *tan al trote*, / non puede haber mejor solaz de vida»). A juicio de Pérez López, en dichos versos habría un mensaje dirigido al propio Cervantes, y significarían lo siguiente: «el que quiera ir al trote, atropellando a los demás (con injurias encubiertas: así injuriaba Cervantes), no puede tener un buen solaz (consuelo) de vida»³². Pero Pérez López no advierte que en la expresión «el que *correr* quisiere *tan al trote*» hay una clara alusión a la manera degradante en la que era descrito Ginés de Pasamonte en la segunda edición de la primera parte del *Quijote* de Juan de la Cuesta. En dicha edición figuraban unos pasajes, elididos en la primera edición, en los que se explicaba el robo y la recuperación del rucio de Sancho por parte de Ginés de Pasamonte, el cual era retratado como un cobarde en el segundo de esos pasajes, ya que, al encontrarse con don Quijote y Sancho, abandonaba el rucio robado y salía huyendo, lo que se describía así: «...saltó Ginés, y, tomando un *trote* que parecía *carrera*, en un punto se ausentó y alejó de todos» (I-xxx, pág. 244, nota). Por lo tanto, el penúltimo verso del soneto de Pero Fernández («el que *correr* quisiere *tan al trote*») alude claramente a la forma en que era

³² José Luis Pérez López, *op. cit.*, pág. 16.

descrito Ginés de Pasamonte en la primera parte del *Quijote*. Así, los dos últimos versos han de ser interpretados de una forma muy distinta a la que propone Pérez López: «el que correr quisiere tan al trote» representa a Ginés de Pasamonte, y, por derivación, a Jerónimo de Pasamonte, el cual, ante el agravio infligido por Cervantes, no puede tener *mejor* solaz o consuelo de vida que vengarse de la afrenta dando a la imprenta el *Quijote* apócrifo, al que su soneto sirve de presentación. Por lo tanto, en el propio soneto preliminar de esta obra se sugiere quién fue su verdadero autor y la causa por la que la escribió³³.

Por lo demás, Pérez López considera que uno de los lugares por los que pasa el don Quijote de Avellaneda en su viaje de vuelta de Zaragoza a Madrid podría estar relacionado con la localidad guadalajarenses de Villed, lugar de origen del padre de Linán de Riaza. Se trata de una pequeña localidad a la que llegan don Quijote y sus acompañantes en su viaje de regreso de Zaragoza a Madrid, la cual, contrariamente a la mayoría de las poblaciones por las que pasan los personajes, permanece significativamente innominada, y a la que Avellaneda se refiere denominándola varias veces «lugar» (xxii, pág. 519; xxiii, pág. 523), y otras «lugarejo» (xxi, pág. 506), «pueblo» (xxii, pág. 519) o «lugarcillo» (xxiii, pág. 528).

Mientras que en el viaje de ida don Quijote y Sancho pasan por la Venta del Ahorcado (cercana a Alcalá de Henares), Ariza, Ateca y Zaragoza, en el viaje de regreso hacia Madrid salen de Zaragoza y llegan a Ateca, pero desde allí no continúan, como a la ida, hacia Ariza (ya que no se nombra esa localidad), sino que parecen elegir un trayecto alternativo. Después de Ateca, la siguiente localidad del viaje de regreso cuyo nombre se menciona es Sigüenza, pero antes hacen una parada para pernoctar en un «lugar» innominado que está a poco menos de cinco leguas de Ateca, y en el cual tendrán lugar algunos episodios importantes. En efecto, se dice que al salir de Ateca, y «apenas hubieron andado tres leguas» (xiv, pág. 414), don Quijote y sus acompañantes se detuvieron a descansar en una fresca saucedá en la que había una fuente, y desde la cual no faltaban más que «dos pequeñas leguas» (xiv, pág. 414) para llegar al «lugar» donde pasarían la noche. En esa fuente se encuentran con «dos canónigos del Sepulcro de Calatayud y un jurado de la misma ciudad» (xiv, pág. 415), y dos de los acompañantes de don Quijote, Antonio de Bracamonte y el ermitaño fray Esteban, narran los cuentos de

³³ Con todo, sí parece razonable pensar que Lope de Vega, cuando leyera el manuscrito del *Quijote* apócrifo, en el que Pasamonte elogiaba al Fénix y atacaba a Cervantes, decidiera prestar de algún modo su apoyo para favorecer su impresión, que seguramente tuvo lugar en la imprenta barcelonesa de Sebastián de Cormellas, editor de varias obras de Lope de Vega (cfr. Francisco Vindel, *La verdad sobre el falso Quijote. Primera parte*, Barcelona: Antigua Librería Babra, 1937; Helena Percas de Ponseti, «Cervantes y Lope de Vega: Postrimerías de un duelo literario y una hipótesis», *Cervantes*, XXIII.1 (2003), págs. 63-115, pág. 107 y Luis Gómez Canseco, «En torno al texto de 1614», en Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Luis Gómez Canseco, ed. cit., págs. 139-42).

El rico desesperado y de *Los felices amantes*, y Sancho otro sobre unos gansos. Tras despedirse de los canónigos y el jurado, don Quijote y sus acompañantes prosiguen el viaje hacia el «lugar», y cuando se encuentran «a un cuarto de legua del pueblo do habían de hacer noche» (xxii, pág. 508), oyen en un pinar, del cual se especifica que estaba situado «a la mano derecha» (xxii, pág. 508) del camino, la voz quejumbrosa de la prostituta Bárbara, la cual ha sido robada y atada a un pino por un estudiante en el que confió. Tras la incorporación de Bárbara al grupo, llegan por fin al «lugar», que es descrito con cierta precisión:

«Llegaron en esto al *lugarcillo* [...]; y llegados a su *mesón*, se apearon en él todos por mandado de don Quijote, el cual se quedó en la puerta hablando con la gente que se había juntado a ver su figura. Entre los que allí a esto habían acudido, no habían sido de los postreros *los dos alcaldes del lugar, el uno de los cuales, que parecía más despierto, con la autoridad que la vara y el concepto que él de si tenía le daban*, le preguntó mirándole:

—Díganos vuestra merced, señor armado, para dónde es su camino y cómo va por éste con ese sayo de hierro y adarga tan grande; que le juro en mi conciencia que ha años que no he visto a otro hombre con tal librea cual la que vuesa merced trae. Sólo *en el retablo del Rosario hay un tablón de la Resurrección, donde hay unos judiazos despavoridos y enjaezados al talle de vuesa merced; si bien no están pintados con esas ruedas de cuero que vuesa merced trae, ni con tan largas lanzas*» (xxiii, pág. 528).

Pérez López se pregunta por qué Avellaneda, que siempre indica el nombre de las localidades en las que les ocurre algo destacable a sus personajes, deja excepcionalmente innominado este «pueblo», «lugar», «lugarajo» o «lugarcillo», y, sin embargo, lo singulariza al situar en él o en sus cercanías los acontecimientos más importantes que ocurren en el viaje de vuelta de Zaragoza hacia Madrid en tierras de Aragón: la parada a unas tres leguas en una fresca saucedal para narrar los cuentos intercalados, y el encuentro con Bárbara en un pinar sito a un cuarto de legua a la derecha del camino. Y el «lugar» también es singularizado con la indicación de que tenía un mesón y dos alcaldes (y de la posible sátira de uno de ellos, que sería conocido del autor), y mediante la mención del retablo del Rosario y del tablón de la Resurrección con sus «judiazos despavoridos». Pérez López llega a la conclusión de que el «lugar» en cuestión representa a Villeda, localidad natal del padre de Liñán de Riaza, y cree que si Avellaneda no lo menciona por su nombre es para no desvelar su identidad³⁴.

³⁴ José Luis Pérez López, *op. cit.*, pág. 29. Juan Antonio Frago, por su parte, conjetura que el «lugar» en cuestión podría ser Alcolea del Pinar (cf. *op. cit.*, págs. 78-80), pero esta localidad dista de Ateca unos 90 kilómetros, y Avellaneda sitúa el «lugar» a menos de 28 kilómetros de Ateca.

Por otra parte, Pérez López constata que en la iglesia de Villel no hay un cuadro o tablón como el que describe el alcalde del mencionado «lugar», que representa a un Cristo resucitado y a unos *judiazos* despavoridos y con armadura. Pero sí que hay un cuadro semejante en la iglesia del Santísimo Sacramento (hoy «Colegiata») de Torrijos (Toledo), de la que Pedro Liñán de Riaza fue capellán mayor desde 1604 hasta su muerte en 1607. Y en otro momento del *Quijote* apócrifo, Sancho dice lo siguiente de su «lugar» de Argamesilla de Alba:

«En mi lugar tenemos también una iglesia que, aunque es chica, *tiene muy lindo altar mayor y otro de Nuestra Señora del Rosario con una Madre de Dios que tiene dos varas en alto, con un gran rosario alrededor, con los padres nuestros de oro, tan gordos como este puño*» (VIII, pág. 319).

Pérez López supone que el detalle sobre el gran rosario obedecería a que en la iglesia de Villel hay un retablo en el que figura una imagen de la Virgen con un grueso rosario sobre su cuerpo. Por todo ello, y aunque había cuadros y retablos semejantes en muchas iglesias de la época, Pérez López cree que Avellaneda pudo inspirarse en el cuadro de la iglesia de Torrijos y en el retablo de la iglesia de Villel al componer los pasajes en los que el alcalde y Sancho Panza describen el tablón y los retablos, lo que sustentaría su identificación con Liñán de Riaza.

Aduce además Pérez López que el «lugar» descrito por Avellaneda se encuentra a cinco leguas de Ateca, lo que cuadraría con la distancia que separa a Ateca de Villel, que, según él, es de cinco leguas. Por otro lado, Avellaneda sitúa la acción que transcurre en tierras aragonesas, tanto a la ida como a la vuelta, en esta zona cercana a Ateca (con la excepción de Zaragoza, que no habría que tener en cuenta por ser destino obligado de don Quijote, tal y como Cervantes había anunciado al final de su segunda parte). Pérez López refleja en el gráfico que recogemos el itinerario que, a su juicio, habría seguido don Quijote en su viaje de Ateca hacia Sigüenza.

Considero que Pérez López no se equivoca al destacar la importancia de ese «lugar», que parece indudablemente relacionado con el propio Avellaneda. Pero no creo que el «lugar» en cuestión pueda constituir, como él propone, una representación literaria de Villel.

Hay que tener en cuenta que las distancias y los itinerarios que recorre el don Quijote avellanedesco por tierras aragonesas solo a veces tienen correspondencia cronológica real, ya que en determinadas ocasiones los personajes realizan los recorridos en el tiempo aproximado que se tardaría realmente en hacerlos, pero no siempre ocurre así. El viaje de ida de Ateca a Zaragoza, por ejemplo, se realiza en poco menos de un día, lo que, habida cuenta de que esas



Figura 1

Itinerario de vuelta de don Quijote desde Ateca a Sigüenza.

La línea discontinua indica los límites actuales de las provincias de Zaragoza (Ateca) y Guadalajara (Villeda y Sigüenza).

El itinerario de ida pasaba de Ariza a Ateca.

localidades distan entre sí unos 100 kilómetros³⁵, es decir, unas dieciocho leguas (pues una legua equivale a 5.572,7 metros), y que don Quijote, según afirma en otro momento Avellaneda, no recorría «más que cuatro o cinco leguas cada día» (xxv, pág. 573), resulta de todo punto inverosímil. Sin embargo, la cronología del mismo trayecto en el viaje de vuelta sí que resulta verosímil, ya que dura tres jornadas y media³⁶.

De hecho, al describir el «lugar» al que nos estamos refiriendo, Avellaneda da a entender en un primer momento, como hemos visto, que está a unas cinco leguas de Ateca; pero Bárbara, al referirse posteriormente al pinar en el que fue robada y atada a un pino, que se encontraba a un cuarto de legua en dirección a Ateca del mencionado «lugar», dice lo siguiente: «siendo engañada por un estudiante, me sacó de mi casa, y, a seis o siete leguas de Sigüenza, me dejó desnuda y desvalijada como estoy, atada de pies y manos a un árbol» (xxiv, pág. 551). Así pues, el «lugar» en cuestión estaría a la vez a poco menos de cinco leguas de Ateca y a seis o siete de Sigüenza, es decir, a poco menos de 28 kilómetros de Ateca y a unos 33 ó 39 kilómetros de Sigüenza, lo cual es

³⁵ Las distancias aproximadas entre las distintas localidades que indico están basadas en las distancias kilométricas actuales que marca la *ViaMichelin* (<http://www.viamichelin.es>), estableciendo siempre los recorridos más cortos.

³⁶ Cfr. Juan Antonio Frago, *op. cit.*, págs. 72-80.

simplemente imposible, pues entre Ateca y Sigüenza hay unos 92 kilómetros, distancia que supera la suma de las dos especificadas por Avellaneda. Por otra parte, don Quijote, Sancho y Bárbara recorren en una sola jornada la distancia que separa el «lugar» de Sigüenza (xxiv, pág. 537), lo cual tampoco sería posible si el mencionado «lugar» se encontrara, como se dice en un principio, a cinco leguas de Ateca, ya que desde ese «lugar» a Sigüenza habría más de quince leguas (y don Quijote no recorría más de cinco leguas por día). Cabe concluir, por lo tanto, que las distancias que indica Avellaneda son en ocasiones puramente imaginarias, y que no siempre se corresponden con la realidad.

No obstante, el hecho de que se mencionen minuciosamente las distancias entre Ateca y el «lugar» («apenas [...] tres leguas» de Ateca hasta la saucedá intermedia, y «dos pequeñas leguas» desde la saucedá hasta el «lugar»), parece indicar que Avellaneda sí que quiso ajustar en mayor medida a la realidad ese trayecto. Pero aún así, el «lugar» en cuestión no podría ser Villel, puesto que entre Ateca y Villel no hay cinco leguas, como indica erróneamente Pérez López, sino unos 43 kilómetros, lo que equivale a más de siete leguas y media. De hecho, las expresiones que usa Avellaneda («apenas [...] tres leguas», «dos pequeñas leguas») dan a entender que entre Ateca y el «lugar» hay *menos* de cinco leguas, es decir, menos de 27,8 kilómetros. Por otra parte, Avellaneda podría estar refiriéndose a las denominadas «leguas de posta» (relacionadas con los lugares en los que se apostaban las caballerías para ser renovadas), que equivalían a cuatro kilómetros, con lo que las cinco leguas que distan de Ateca al «lugar» corresponderían a unos 20 kilómetros. Y, como se puede apreciar en el mapa que recoge el trayecto de don Quijote propuesto por Pérez López, hay en la zona otra localidad cuya distancia con Ateca se ajusta en mayor medida a esas poco menos de cinco leguas indicadas por Avellaneda (o a esas cinco leguas de posta): me refiero a Ibdes, el pueblo natal de Jerónimo de Pasamonte, que está situado a 20 kilómetros de Ateca³⁷.

Pero lo más significativo es que en la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* se menciona el nombre de muchas de las localidades por las que su autor pasa en sus viajes o en las que tienen lugar acontecimientos destacables de su vida, pero jamás se menciona por su nombre su localidad natal, Ibdes, lo que resulta verdaderamente chocante en una autobiografía. Y, cuando Pasamonte se refiere a ella, la denomina siempre «lugar», como se observa en los

³⁷ Tenemos la certeza de que Jerónimo de Pasamonte nació en Ibdes por su fe de bautismo, registrada en la documentación de la localidad aragonesa de Ibdes entre las partidas de abril de 1553, la cual dice así: «Gerónimo de Passamón. A-viii-fue baptizado Jerónimo, fijo de Jerónimo Pasamón y Jerónima Godino. Fueron Padrinos mossen Pedro Jus y mossen Bartolomé de la Betrana» (*apud* M. de Riquer, *op. cit.* [1988], pág. 13).

siguientes pasajes: «De ahí a otro año o por ahí, vino al *lugar* un volteador...»³⁸; «que cuasi todas las señoras del *lugar* venían a ver esta maravilla» (pág. 6). E incluso se refiere al cercano Monasterio de Piedra especificando, al igual que Avellaneda, su distancia en leguas del «lugar»: «...un monasterio de San Bernardo, donde era nuestro enterramiento, que es *una legua del lugar*» (pág. 6). Hay por lo tanto una significativa coincidencia entre la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y el *Quijote* de Avellaneda: en ambas obras se indican los nombres de las localidades en las que transcurren hechos de importancia, pero en la primera no se menciona por su nombre el «lugar» de Ibdes, y en la segunda tampoco se da nombre al «lugar» que parece claramente inspirado en la misma localidad.

Por otra parte, los dos canónigos del Santo Sepulcro de Calatayud con los que se encuentran don Quijote y sus acompañantes en una saucedá con una fuente, como me indica Joaquín Melendo Pomareta, seguramente estaban relacionados con la localidad de Nuévalos, cercana a Ibdes, pues Nuévalos perteneció a la Orden del Santo Sepulcro desde el siglo XII hasta el XIX. El Prior de la Orden del Santo Sepulcro de Calatayud era el Señor de la Villa de Nuévalos, y esta localidad era regida por canónigos de Calatayud. Así pues, los canónigos volverían de Nuévalos a Calatayud, pasando antes por Ateca, y la saucedá estaría en lugar intermedio entre Nuévalos y Ateca, lo que la situaría, como puede apreciarse en el mapa de Pérez López, en las cercanías de Ibdes, y no de Villel. Dicha saucedá podría estar situada en la que antiguamente se llamó Casa Blanca de la Tranquera, que posteriormente sería mesón, y actualmente se encuentra bajo las aguas del Embalse de la Tranquera. La Casa Blanca era propiedad de los monjes del Monasterio de Piedra, formaba parte del antiguo término de Somet, donde había buenas fuentes y abundantes árboles, y se encontraba entre Ateca e Ibdes. Así, la ruta seguida por don Quijote, según sugiere Melendo Pomareta, sería la siguiente: Ateca-fuente de la Tranquera-Ibdes (20 kilómetros en total)³⁹.

³⁸ *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, ed. de José María de Cossío, *op. cit.*, pág. 6. En adelante cito la *Vida* de Pasamonte por esta edición.

³⁹ Joaquín Melendo Pomareta, a quien agradezco su inestimable colaboración, sus indicaciones históricas y geográficas sobre la zona de Ibdes y la realización de las fotografías de las imágenes de la iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes que figuran en este trabajo, me ha hecho saber que existían tres caminos medievales que unían Aragón con Castilla en la zona que nos ocupa. El primero de ellos, que es el que utiliza don Quijote en su viaje de ida a Zaragoza, iba de Calatayud, siguiendo el curso del río Jalón, hasta Sigüenza, pasando por Ateca, Ariza y Medinaceli; el segundo camino partía de Ateca, se dirigía por el valle del río Piedra hasta Castejón de las Armas y ascendía el Barranco Valdaroque (entre los términos de Carenas y Castejón) por Godojos hasta Sisamón, siguiendo la antigua calzada romana; y el tercer camino ascendía desde Ateca por el valle del río Piedra hasta Castejón, Carenas y Somet (despoblado), y se adentraba en el valle de Mesa pasando por Ibdes, Jaraba, Calmarza, Algar y Villel de Mesa. Este último es el que parece seguir don Quijote en su viaje de vuelta, si bien la escala no se haría en Villel, sino en Ibdes, donde sí que coinciden las distancias.

Además, el «lugar» innominado al que llega don Quijote presenta una importante particularidad: tiene dos alcaldes. Según me comunica Joaquín Melendo Pomareta, el término o pardina de Somet, cercano a Ibdes, tenía en la época dos alcaldes. Por orden real de Juan II de Aragón, Somet había desaparecido como municipio en 1459, y en 1461 se agregó a los concejos de Ibdes y Munébrega, de manera que ambos pueblos nombraban a un alcaide para gobernarlo en su nombre. Somet estaba relativamente cerca de Ibdes, y en aquel entonces sería una prolongación de su término municipal. De ahí que el término de Somet y sus dos alcaldes pueda relacionarse también con la localidad de Ibdes.

Por otra parte, la descripción que hace el Sancho avellanedesco de los dos altares de Argamesilla de Alba («Tenemos también una iglesia que, aunque es chica, tiene muy lindo altar mayor y otro de Nuestra Señora del Rosario...»), seguramente corresponda a los dos retablos que había a finales del siglo xvi y principios del xvii en la Iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes, en la que fue bautizado Pasamonte, y que se conservan en la actualidad: el Retablo Mayor de la Iglesia, que es de grandes dimensiones, y el Retablo de la Virgen del Rosario⁴⁰, en el que figura la imagen de la Virgen del siglo xvi que se aprecia en la figura 2.

Adviértase que esta Virgen, que mide aproximadamente 1,60 metros (que corresponde, más o menos, a dos varas de alto, pues una vara, según consta en el DRAE, mide 835 milímetros, y una «vara de Aragón» 772 milímetros), aparece además *circundada* por una especie de rueda o figura elipsoidal que representa un rosario, con grandes cuentas doradas, lo que se ajusta exactamente a la expresión del Sancho de Avellaneda: «...y otro de Nuestra Señora del Rosario con una Madre de Dios que tiene dos varas en alto, con un gran rosario alrededor, con los padres nuestros de oro, tan gordos como este puño». La Virgen de Villel no tiene el rosario *alrededor*, sino por encima del cuerpo, como tiene también un rosario sobre el cuerpo la Virgen de la Iglesia de Ibdes; pero ésta tiene además un llamativo rosario *alrededor*, circun dando su figura, cuyos grandes «padres nuestros» son dorados. Por lo tanto, la iglesia del «lugar» de Sancho, con sus dos altares, bien podría estar inspirada en la iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes, el «lugar» natal de Jerónimo de Pasamonte.

Pero hay que destacar, sobre todo, las palabras que pronuncia uno de los dos alcaldes de ese «lugar» innominado, asombrado al ver la armadura de don Quijote, que compara con las que llevan los soldados judíos que figuran en una pintura de la iglesia: «Sólo en *el retablo del Rosario hay un tablón de la Resurrección*,

⁴⁰ Cfr. Joaquín Melendo Pomareta, «¿Murió Jerónimo de Passamonte en Carenas? (y II)», *El Pelado de Ybides*, (revista local editada por la Asociación Cultural Amigos Villa de Ibdes), XXI (abril 2002), págs. 10-11, pág. 11.

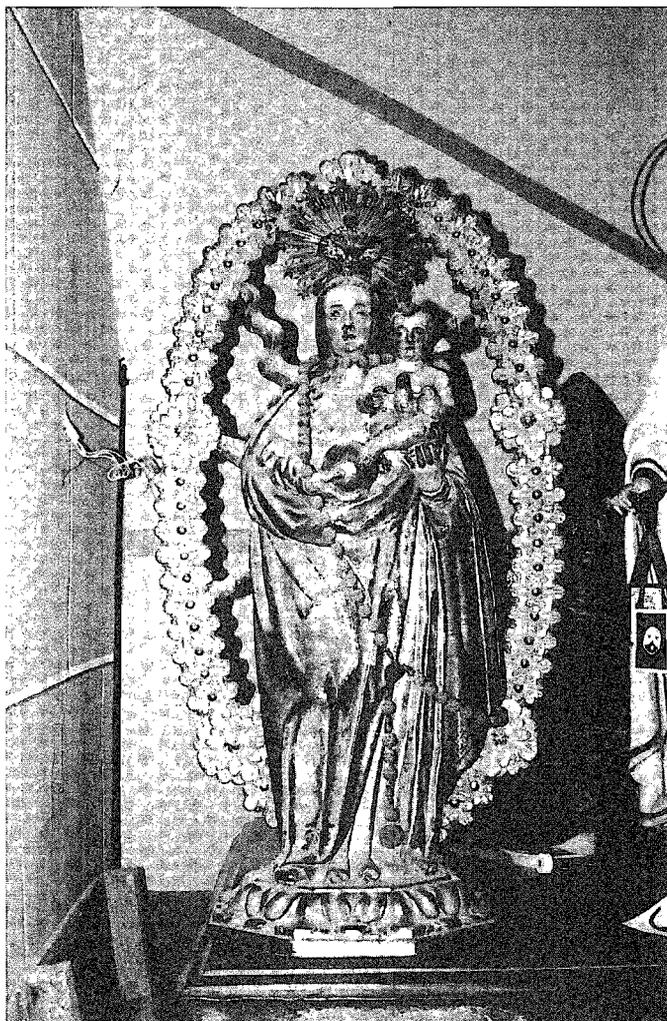


Figura 2

Imagen de la Virgen del Rosario (s. xvi) del Retablo de la Virgen del Rosario de la Iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes.
Fotografía de Joaquín Melendo Pomareta⁴¹

⁴¹ En el momento de realizar la fotografía, el Retablo de la Virgen del Rosario estaba siendo restaurado, por lo que la figura de la Virgen se había trasladado a la Sacristía, donde ha sido tomada la imagen.

donde hay unos *judiazos despavoridos y enjaezados al talle de vuesa merced; si bien no están pintados con esas ruedas de cuero que vuesa merced trae, ni con tan largas lanzas*». Nótese que el alcalde se está refiriendo a una pintura que hay en la iglesia del mismo «lugar» innominado al que llegan don Quijote y sus acompañantes; y, como reconoce Pérez López, no hay en Villeda una imagen con esas características. Pero sí hay un retablo del Rosario y una representación de la Resurrección en la Iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes. Su Retablo Mayor se caracteriza por poseer unas enormes puertas o «sargas» unidas a sus laterales, que se utilizan para cerrarlo durante la Cuaresma. Dichas sargas son pinturas murales realizadas sobre una tela de lino y enmarcadas en madera, y están decoradas por ambas caras, de manera que, cuando están cerradas, dejan ver una recreación del *Juicio Final* de la Capilla Sixtina pintado por Miguel Ángel, y, cuando están abiertas, muestran en el lado del Evangelio (a la izquierda, según se mira el Retablo de frente) una pintura de «La Resurrección», y en el lado de la Epístola (a la derecha del Retablo) otra pintura de «La Ascensión». Y en la sarga de «La Resurrección» destacan claramente y en primer plano las grandes figuras de unos soldados judíos con armaduras, que aparecen aterrados al contemplar la resurrección de Jesucristo, como se aprecia en la figura 3.

Las figuras de los soldados judíos no se encuentran exactamente en el Retablo del Rosario, sino en la sarga o puerta lateral del Retablo Mayor; pero dicha sarga se halla en el mismo lado y a escasos metros del Retablo del Rosario, por lo que Avellaneda bien pudo asociarla a este último retablo, ya fuera por un simple error derivado de su proximidad, o con la intención voluntaria de sugerir que, de entre todas las iglesias cercanas a Ateca, se estaba refiriendo a la iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes, en la que hay tanto un Retablo del Rosario como unas figuras de «judiazos despavoridos» con armaduras (y nada impide, por otra parte, que un autor literario se inspire en su entorno real sin reproducirlo con absoluta fidelidad). De hecho, la sarga de «La Resurrección» es de grandes proporciones (mide 4,50 metros de alto y 2,50 de ancho), como lo son las figuras de los soldados judíos que se reproducen más detalladamente en la figura 4, lo que justificaría el carácter aumentativo de los términos «tablón» y «judiazos» que Avellaneda pone en boca de su personaje. Y en conformidad con la descripción del alcalde avellanedescos, los soldados judíos no llevan grandes adargas de cuero, sino escudos metálicos, y los que aparecen en segundo plano no portan lanzas tan largas como la de don Quijote, sino alabarda y lanza cortas.

La iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes se terminó de construir entre 1526 y 1527, y el Retablo Mayor y las sargas se finalizaron en una fecha próxima a 1565. Por lo tanto, Jerónimo de Pasamonte pudo ver los Retablos y las sargas de dicha iglesia cuando regresó a Aragón en 1592 tras su cautiverio.

Todo parece indicar, en consecuencia, que Avellaneda quiso incluir en su obra su verdadera localidad de origen, y que el innominado «lugar» aragonés

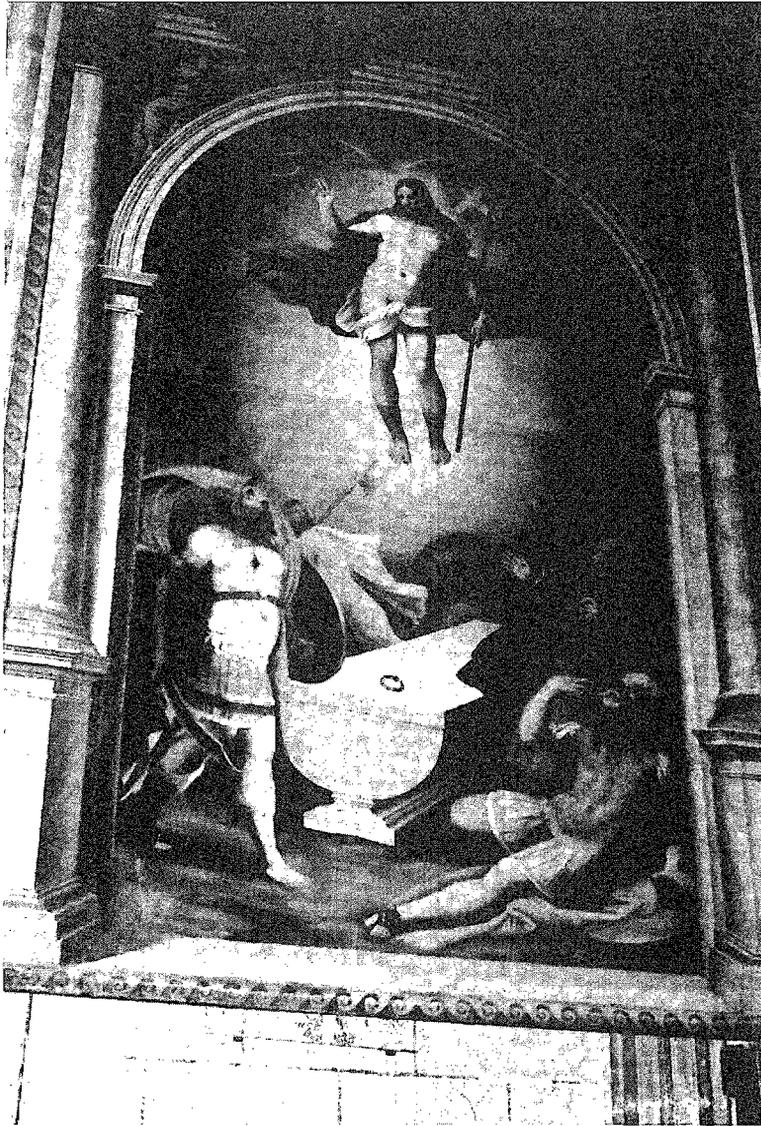


Figura 3

Sarga de «La Resurrección» de la Iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes.

Fotografía de Joaquín Melendo Pomareta

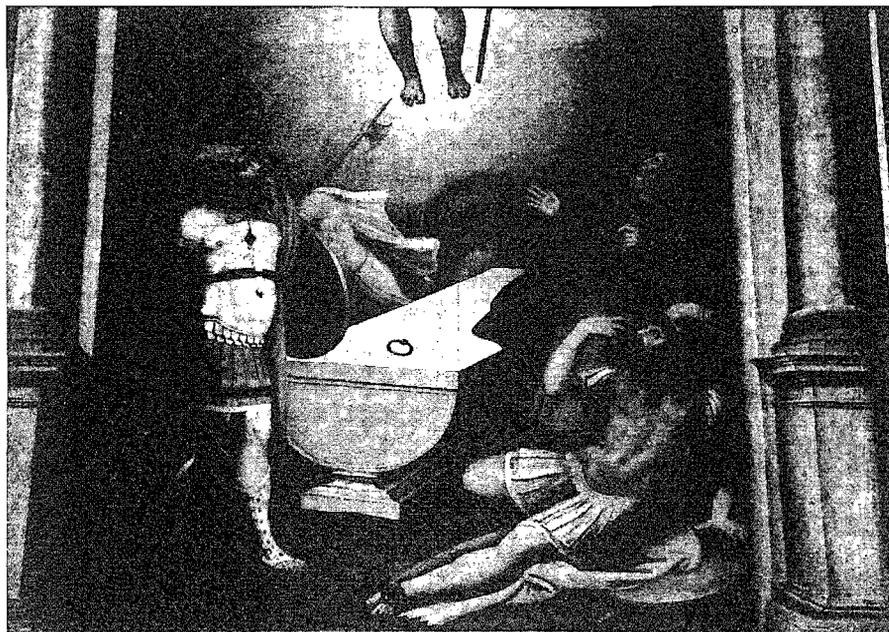


Figura 4

Detalle de la Sarga de «La Resurrección» de la Iglesia de San Miguel Arcángel de Ibdes.
Fotografía de Joaquín Melendo Pomareta

del *Quijote* apócrifo situado a unas cinco leguas de Ateca, en el que hay dos alcaldes, y en cuya iglesia figura un retablo del Rosario y una imagen de la Resurrección con unos «judiazos despavoridos», está inspirado en Ibdes, localidad natal de Jerónimo de Pasamonte. Por ello, podemos considerar que el trayecto que realiza don Quijote en su viaje de vuelta hacia Madrid sufre, efectivamente, una desviación en Ateca con respecto al del viaje de ida, pero no para dirigirse a Villeda, sino para pasar por Ibdes, que había de figurar en la obra, siquiera de manera innominada, como testimonio encubierto del lugar de origen de su verdadero autor.

Por otra parte, Avellaneda no solo ofrece información detallada, como dice Pérez López, sobre la zona cercana a Villeda, sino que también muestra conocer perfectamente otras localidades más alejadas de dicha localidad, como Calatayud (situada a unos 57 kilómetros de Villeda) y Zaragoza (sita a unos 139 kilómetros). Y aunque la presencia de don Quijote en Zaragoza resultara obligada por estar así anunciado al final de la primera parte del *Quijote*, lo cierto es que Avella-

neda describe sus calles y plazas con mucho mayor detalle que cualquier otra localidad de las que aparecen en el *Quijote* apócrifo⁴². Y Jerónimo de Pasamonte conocía bien Zaragoza, ciudad en la que vivía su hermano y por la que pasó varias veces en sus viajes, y en cuyo Santuario del Pilar hizo un voto juvenil de hacerse fraile bernardo: «me fui en Zaragoza, que estaba mi hermano [...]. Y yo, un día, oyendo misa en Nuestra Señora del Pilar, me voté en su capilla, que, aunque a mi hermano pesase y a todo mi linaje, me había de poner fraile en un monasterio de Bernardos que se llama Veruela» (pág. 7). Pero más significativo aún es el conocimiento que Avellaneda muestra tener sobre Calatayud. Como hemos visto, don Quijote y sus acompañantes se encuentran en la saucedá cercana a Ateca con dos canónigos de la Colegiata del Santo Sepulcro de Calatayud, lo que se corresponde exactamente con la realidad, pues dicha colegiata, como confirma Martín de Riquer, «se hallaba servida, entre otros clérigos, por tres canónigos»⁴³. Y uno de los canónigos, emocionado tras escuchar los cuentos de *El rico desesperado* y de *Los felices amantes*, dice lo siguiente sobre la cofradía del Rosario Bendito de Calatayud:

«en confirmación del santo uso y devoción del *rosario*, protesto ser toda mi vida de aquí adelante muy devoto de su santa *cofradía*; y en llegando a *Calatayud*, tengo, sin duda, de asentarme en ella y procurar ser admitido en el número de los ciento y cincuenta que se emplean en servirla y administrarla, trayendo visiblemente el *rosario*, por el interés de las muchas *indulgencias* que he oído predicar se ganan en ella» (xxi, pág. 499).

Pues bien, la única noticia que tenemos sobre la existencia en la época de la Cofradía del Rosario Bendito de Calatayud proviene, precisamente, de la *Vida* de Pasamonte⁴⁴, el cual, como él mismo indica en su autobiografía, se inscribió en dicha cofradía: «Siendo de edad de trece años, me trujo mi hermano de Soria en *Calatayud* para estudiar la gramática; entonces me escribí *cofrade de la Madre de Dios del Rosario Bendito*» (pág. 60). Además, y como hace el canónigo de Calatayud, Pasamonte se refiere a las indulgencias que se ganan en esa localidad por el rezo del rosario: «Venido de Turquía, hallé las *indulgencias* Philippinas en la compañía de Jesús, y un padre (que se llama el padre Martín, en *Calatayud*) me dió una medalla y el buleto, [...] y acomodo allí mis devociones con las del *rosario* santo» (pág. 60). Así pues, tanto Avellaneda como Pasamonte tenían un conocimiento muy preciso de la Cofradía del Rosario Bendito de Calatayud y de las indulgencias que se ganaban en ella con el rezo del rosario. Por lo

⁴² Cfr. Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2005), págs. 98-9.

⁴³ Martín de Riquer, *op. cit.* (1988), pág. 109.

⁴⁴ Cfr. Martín de Riquer, *op. cit.* (1988), págs. 109-10.

tanto, la relación de Liñán de Riaza con Villel no es suficiente para explicar la relevancia que cobran en el *Quijote* apócrifo ciertas localidades más alejadas de ese pueblo guadalajareño, como Calatayud o Zaragoza, que Avellaneda muestra conocer con detalle, y que fueron de gran relevancia en la experiencia vital de Jerónimo de Pasamonte.

En suma, las alegaciones formuladas no rebaten en modo alguno la hipótesis de Riquer, y son mucho más consistentes los datos que la ratifican. Por mi parte, creo haber aportado nuevos argumentos que confirman esa hipótesis⁴⁵, así como haber demostrado que el propio Cervantes identificaba a Pasamonte con Avellaneda⁴⁶.

En efecto, aunque en los últimos años se ha ido asentado la suposición de que Cervantes no llegó a conocer la identidad de Avellaneda, lo cierto es que sabía perfectamente quién era. Y el hecho de que la crítica no haya llegado a advertir antes la verdadera identidad de Avellaneda se ha debido, en última instancia, al desconocimiento de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*. El manuscrito de la *Vida* de Pasamonte permaneció inédito hasta 1922 en la Biblioteca Nazionale Vittorio Emanuele III de Nápoles, fecha en que Raymond Foulché-Delbosc lo publicó en la *Revue Hispanique*. Antes de que dicho manuscrito se publicara, habría sido casi imposible averiguar la identidad de Avellaneda, ya que Pasamonte era una persona desconocida. Y en la actualidad, las dificultades para ratificar la identidad de Avellaneda obedecen a que se sigue sin prestar la debida atención a la autobiografía del aragonés.

Sin embargo, Cervantes sí que leyó atentamente la *Vida* de Pasamonte, y la tuvo muy presente al componer sus principales obras, haciendo continuas referencias a la misma y llegando a calcar sus expresiones. De hecho, la disputa literaria entre Cervantes y Pasamonte se originó después de que el primero leyera el manuscrito de la autobiografía del segundo, y comprobara que su antiguo compañero de milicias trataba de usurparle su comportamiento heroico en la batalla de Lepanto.

Jerónimo de Pasamonte fue un soldado aragonés que participó en su juventud, como Cervantes, en la batalla de Lepanto (1571). En 1574, al defender la tunecina plaza de la Goleta, Pasamonte fue capturado por los turcos, y fue esclavo durante dieciocho años, viéndose forzado a remar como galeote en las galeras turcas. Tras obtener la liberación, regresó a España, y en 1593 hizo correr en Madrid un manuscrito que contenía una primera versión de su autobiografía, titulada *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, en la que contaba su voto juvenil de hacerse fraile bernardo, los episodios militares de su juventud y las

⁴⁵ Cfr. Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2001).

⁴⁶ Cfr. Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2005) y Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (en prensa).

penalizaciones de su cautiverio. Y en esa autobiografía, Pasamonte trató de adjudicarse la actitud heroica que había tenido Cervantes en la batalla de Lepanto. Como es bien sabido, Cervantes estaba enfermo de calentura cuando participó en esa batalla, pese a lo cual desoyó el consejo de su capitán de quedarse con los demás enfermos y se empeñó en pelear. Pues bien, al describir en su autobiografía la toma de la Goleta (1573), en la que no había habido auténtica batalla debido a la huida del enemigo, asustado tras la derrota de Lepanto, Pasamonte se pintaba a sí mismo como un enfermo de calentura que desoía el consejo de su capitán y se empeñaba en pelear.

Tras leer el manuscrito de la autobiografía de Pasamonte y comprobar que su antiguo compañero de milicias trataba de usurparle su comportamiento heroico en Lepanto, Cervantes lo retrató despiadadamente en la primera parte del *Quijote*, convirtiendo al desdichado galeote de los turcos en el galeote Ginés de Pasamonte, autor de una autobiografía titulada *Vida de Ginés de Pasamonte*, y tildándolo de embustero, cobarde y ladrón. Pero Cervantes no se conformó con satirizar al aragonés, sino que decidió además realizar una imitación meliorativa de su autobiografía al componer la *Novela del Capitán cautivo*, inserta en los capítulos XXXVII-XLII de la primera parte del *Quijote*. En efecto, la *Vida y trabajos de Pasamonte* y la cervantina *Novela del Capitán cautivo* son relatos autobiográficos que presentan una estructura argumental idéntica, ya que se articulan en torno a tres motivos temáticos análogos: las dos describen, en primer lugar, las batallas entre turcos y cristianos que tuvieron lugar entre 1571 y 1574; en segundo lugar, las vicisitudes de la vida del cautiverio, y, en tercer lugar, los peligros del viaje de regreso a tierras cristianas tras obtener la liberación. Pero además, ambos relatos abundan en coincidencias de detalle⁴⁷, lo que es clara muestra de que Cervantes se propuso imitar la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* como otra forma de dar respuesta a su usurpación, mostrándole su superioridad artística. Por lo tanto, en la disputa literaria que mantuvieron, Cervantes fue quien imitó en primer lugar a Pasamonte.

Cuando Jerónimo de Pasamonte leyó la primera parte del *Quijote* cervantino, comprobó que aparecía en ella satirizado bajo la figura de Ginés de Pasamonte, y que Cervantes se había servido de su autobiografía para componer la *Novela del Capitán cautivo*. Para entonces, Pasamonte había culminado la continuación de su autobiografía, en la que contaba que, no habiendo podido ingresar en la Iglesia, se vio forzado a servir como soldado en el reino de Nápoles, y en la que narra que experimentó una serie de visiones de seres infernales a los que trataba de ahuyentar por medio de conjuros. Sin embargo, la publicación de la obra de Cervantes, en la que figuraba ridiculizado bajo la figura de Ginés de

⁴⁷ Cfr. Alfonso. Martín Jiménez, *op. cit.* (2001), págs. 74-92 y Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2005), págs. 53-70.

Pasamonte, autor asimismo de una autobiografía, le impidió publicar su obra para no ser identificado con el galeote cervantino. De ahí que decidiera esconderse bajo el pseudónimo de Avellaneda para imitar a su imitador y continuar la historia de don Quijote.

En el prólogo de su obra, Avellaneda sugiere los dos motivos por los que prosiguió la obra de Cervantes. En primer lugar, afirma que Cervantes había compuesto su obra «con la copia de fieles relaciones que a su mano llegaron» (PRÓLOGO, pág. 196), en clara alusión a las relaciones descritas en el manuscrito de la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte*, que, circulando de mano en mano, había llegado a la de Cervantes, y del cual se sirvió para componer la *Novela del Capitán cautivo*. Y en segundo lugar, da a entender que Cervantes le ha ofendido por medio de «sinónomos voluntarios», en referencia a los nombres de Ginés de Pasamonte y de Ginesillo de Parapilla o Paropillo que Cervantes había adjudicado al galeote. De ahí que se sintiera autorizado a continuar la historia de quien le había imitado y ofendido.

En el soneto preliminar, atribuido a Pero Fernández, Avellaneda dejó otro indicio, como hemos visto, de su verdadera identidad, y tampoco se resistió a sugerirla en el propio cuerpo de su obra. Para ello, no solo incluyó un «lugar» innominado cercano a Ateca que representa a Ibdes, localidad natal de Jerónimo de Pasamonte, sino que decidió además hacer uso del juego cervantino de los «sinónomos voluntarios», incorporando a su novela algunos personajes que lo representan inequívocamente. Es el caso del soldado *Antonio de Bracamonte*, el cual no solo tiene un nombre de pila y un apellido muy similares a los de *Jerónimo de Pasamonte*, sino que comparte con él otras muchas cualidades: ambos son soldados españoles de gran tamaño corporal, viajan a pie y son asaltados, se jactan de su ilustre linaje y se encuentran en la más extrema pobreza, reciben una herida de guerra en el hombro, saben hablar latín y realizan disquisiciones teológicas. Y cabe sobre todo resaltar que el Sancho avellanedesco dice a Antonio de Bracamonte lo siguiente: «Y si tienes por ahí a mano o en la faltriquera alguna gruesa cadena de hierro, pónstela al cuello *para que parezcas a Ginesillo de Pasamonte* y a los demás galeotes que envió mi señor [...] a Dulcinea del Toboso» (xxiv, pág. 405). Así, Avellaneda relaciona expresamente a Antonio de Bracamonte con Ginés de Pasamonte para dejar claro que es otro «sinónimo voluntario» de Jerónimo de Pasamonte.

Por lo demás, Avellaneda parece haberse valido de un recurso empleado anteriormente por Mateo Alemán. Como es sabido, éste publicó en 1599 la *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, la cual fue objeto de una continuación espuria por parte de quien firmó como Mateo Luján de Sayavedra al publicar en 1602 la *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*. Y en 1604 apareció la réplica de Mateo Alemán, titulada *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache*, en la que, para sugerir la falsedad del nombre que se

había adjudicado su imitador, introdujo al personaje de Sayavedra, representación literaria de Mateo Luján de Sayavedra, haciéndole decir lo siguiente: «Yo, [...] sabiendo ser caballeros principales los Sayavedras de Sevilla, dije ser de allá y púseme su apellido; mas ni estuve jamás en Sevilla ni della sé más de lo que aquí he dicho»⁴⁸. Al igual que el nombre del personaje de Sayavedra, representación literaria del autor de una continuación espuria, el de Antonio de Bracamonte, que también representa al autor de otra continuación apócrifa, parece haberse formado a partir de un apellido de caballeros principales de una ciudad ajena a Avellaneda. Por ello, lo más probable es que éste, inspirándose en la obra de Alemán, eligiera un apellido ilustre y parecido al suyo, como el de los Bracamonte de Ávila, para representarse a sí mismo. Así, y aunque Avellaneda no menciona el caso de Mateo Luján de Sayavedra al referirse en su prólogo a los continuadores de obras ajenas, parece que lo tuvo muy en cuenta, lo que no resulta nada extraño por tratarse del precedente más cercano a la disputa imitativa que él mismo mantuvo con Cervantes⁴⁹.

Juan Antonio Frago rebate que el personaje literario de Antonio de Bracamonte constituya un «sinónimo voluntario» de Jerónimo de Pasamonte, e indica la existencia de un soldado real del mismo nombre que había servido en Flandes, el cual redactó una solicitud al rey que se conserva en el Archivo General de Indias (Indiferente General, legajo 1510, sin fecha). Dicho soldado estuvo en el reino de Irlanda en 1602, sirvió después en el estado de Lombardía, fue a Flandes en mayo de 1605, después de abril de 1611 sirvió en la Torre de Espelunca (Aragón), y el 30 de junio de 1613 fue nombrado capitán de infantería española. Según Frago, el personaje de Avellaneda estaría inspirado en este soldado real, aunque sin constituir una fiel representación del mismo, ya que el segundo, a diferencia del primero, «no había sido estudiante en Alcalá», «tampoco había desertado de su compañía» y «no participó en el sitio de Ostende», y sus fa-

⁴⁸ Mateo Alemán, *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache*, en *La novela picaresca española*, ed. de Florencio Sevilla, Madrid: Castalia, 2001, págs. 221-339, pág. 268. En adelante cito la obra de Alemán por esta edición.

⁴⁹ De hecho, en el prólogo del *Quijote* apócrifo, al comentar su continuación de la obra de Cervantes, Avellaneda utiliza una expresión («si bien en los medios *diferenciamos*, pues él tomó por tales...») [PRÓLOGO, pág. 196] que recuerda la usada por Mateo Alemán en el prólogo de su *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache* cuando se refiere, precisamente, a su imitador: «Sólo nos *diferenciamos* en haber él hecho segunda de mi primera...» (pág. 224). Y para justificar su continuación de la obra de Cervantes, Avellaneda añade en su prólogo lo siguiente: «que nadie se espante de que salga de diferente autor esta segunda parte, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos; ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las *Arcadias*, diferentes las han escrito; la *Diana* no es toda de una mano» (PRÓLOGO, pág. 197). A juicio de Martín de Riquer, Avellaneda seguramente eludió mencionar la continuación espuria de Mateo Luján de Sayavedra para que no se advirtiera que él también se había valido de un seudónimo (cfr. A. Fernández de Avellaneda, ed. de M. de Riquer, *op. cit.*, vol. I, pág. 10, nota 8).

miliares no eran «de los más nobles de Ávila». Afirma Frago que «lo que está fuera de cualquier duda es que el soldado aragonés y el castellano realmente se conocieron, aun cuando no sea fácil precisar el cuando ni el como», y supone que «el conocimiento entre Pasamonte y Bracamonte pudo ocurrir durante la estancia de éste en tierras aragonesas, o quizá durante un viaje de los dos por el camino real desde Zaragoza hacia Castilla»⁵⁰. No hay, sin embargo, dato objetivo alguno que permita asegurar que Pasamonte y ese soldado se hubieran conocido. Y, como hemos visto, Cervantes seguramente ya había leído el manuscrito del *Quijote* apócrifo el 6 de mayo de 1611, por lo que Avellaneda tuvo que componer y difundir su obra con anterioridad a esa fecha, es decir, antes de que el Antonio de Bracamonte que documenta Frago fuera a servir a la Torre de Espelunca en Aragón; y si Pasamonte le hubiera conocido entonces, como conjetura Frago, habría sido después de componer y difundir el *Quijote* apócrifo en manuscritos, por lo que no podría haberse basado en él para crear su personaje literario. Por otra parte, no es la persona que documenta Frago la única que se llamaba así, ya que sabemos de la existencia de otro Antonio de Bracamonte asentado en Valladolid⁵¹. Pero aun en el caso de que Avellaneda hubiera creado a su personaje literario inspirándose en el nombre de una persona real, eso no impediría que pudiera constituir un «sinónimo voluntario» de sí mismo. El personaje novelesco guarda evidentes similitudes con el propio Jerónimo de Pasamonte, y es relacionado de forma expresa e indudable, cosa que Frago no tiene suficientemente en cuenta, con Ginés de Pasamonte («...para que parezcas a Ginesillo de Pasamonte»). Nada tendría de extraño, por lo tanto, que Pasamonte hubiera elegido un nombre y un apellido ilustre similares al suyo, ya fueran o no los de una persona real o conocida, para dejar sugerida en su obra su verdadera identidad, por lo que las objeciones de Frago no impiden considerar al avellanedesco *Antonio de Bracamonte* como un «sinónimo voluntario» de *Jerónimo de Pasamonte*. De hecho, a la hora de crear a su soldado, Avellaneda seguramente tuvo en mente, como hemos visto, la *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, el cual denunciaba que su imitador se había adjudicado falsamente un apellido ilustre. Por ello, el Antonio de Bracamonte de Avellaneda no es una simple transfiguración literaria, como quiere Frago, de un soldado real, sino que constituye un artificio literario que sirve para representar al verdadero autor del *Quijote* apócrifo.

⁵⁰ Juan Antonio Frago, *op. cit.*, págs. 70-1.

⁵¹ Aunque los Bracamonte tenían el solar en Ávila, estuvieron también presentes en Valladolid. Según me comunica Anastasio Rojo Vega, a quien le quedo muy agradecido por su información, en el Archivo Histórico Provincial de Valladolid figuran varios documentos de Antonio Bracamonte de la Serna y León, muerto en 1631: testamento (1631), 1487-1307; codicilo (12 de octubre de 1631), 1487-1309; codicilo (15 octubre de 1631), 1487-1310, e inventario (24 de octubre de 1631), 1487-1379.

Por otra parte, la comparación entre la *Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte* y el *Quijote* apócrifo pone en evidencia que existe una gran cantidad de coincidencias expresivas y temáticas entre ambas obras, y que muchos de los aspectos vitales descritos en la autobiografía del aragonés fueron trasladados a la obra apócrifa⁵².

Avellaneda culminó su obra en una fecha posterior al 29 de mayo de 1610, pues en el párrafo inicial de la misma se refiere a la expulsión de los moriscos de Aragón, que tuvo lugar en esa fecha. Y, como ya había ocurrido con la *Vida* de Pasamonte, la hizo circular en manuscritos. Cuando Cervantes leyó el manuscrito de Avellaneda reconoció sin ninguna dificultad a su autor, pues sabía muy bien a quien había imitado y ofendido en la primera parte del *Quijote*, y sin duda reconoció a Pasamonte a través de sus «sinónomos voluntarios». Y para hacer ver a Avellaneda que lo había identificado, realizó en algunas de sus obras frecuentes alusiones conjuntas a los manuscritos de la *Vida* de Pasamonte y del *Quijote* apócrifo, dando así a entender que pertenecían al mismo autor. Así se observa en varias obras cervantinas anteriores a la publicación de la segunda parte de su *Quijote*.

Baste recordar aquí que, en *La guarda cuidadosa*, Cervantes incluye un soldado que envía un memorial al rey, al cual se le otorga un misérrimo valor, en lo que representa una clara burla del hecho de que la *Vida* de Pasamonte se originara como un memorial dirigido al rey, y que en la letra que cierra la pieza se reproducen literalmente varios términos del prólogo de Avellaneda; que en *El coloquio de los perros* Cervantes alude una y otra vez a los episodios del *Quijote* apócrifo y se burla de los conjuros y de las disquisiciones teológicas de la *Vida* de Pasamonte, calcando literalmente algunas de sus expresiones⁵³, y que en el capítulo VIII del *Viaje del Parnaso*, Cervantes alude a Pasamonte como autor del *Quijote* apócrifo a través del personaje de Promontorio, soldado napolitano cuyo nombre presenta una clara analogía fonética y semántica con el de *Pasamonte*, que también sirvió como soldado en Nápoles. Se dice que Promontorio llega a Cervantes «disimulado», como Avellaneda había disimulado su verdadero nombre, y se le presenta como «hijo» de Cervantes, al que denomina «padre», y no porque el tal Promontorio fuera un supuesto hijo real que habría tenido Cervantes en esa ciudad, sino porque la persona a la que representa, Jerónimo de Pasamonte, se había comportado como «hijo» de Cervantes al proseguir la historia de don Quijote⁵⁴.

⁵² Cfr. Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2001), págs. 116-40 y *op. cit.* (2005), págs. 93-112.

⁵³ Al publicar el *Quijote* apócrifo, Avellaneda diría en su prólogo que las *Novelas* cervantinas eran «más satíricas que ejemplares» (PRÓLOGO, pág. 195), debido a la burla que Cervantes realiza en ellas de Jerónimo de Pasamonte.

⁵⁴ Cfr. Alfonso Martín Jiménez, *op. cit.* (2005), págs. 145-60.

Y en la segunda parte de su *Quijote*, Cervantes dejó indicados el nombre de pila y el apellido de su rival, denunciando además su origen aragonés (y esto último constituía un indicio determinante, ya que limitaba en gran medida el número de autores que pudieran ser identificados con Avellaneda). Ya en el prólogo, Cervantes creó ciertas expectativas sobre la identidad de Avellaneda al afirmar que había fingido su nombre y su patria, lo que implica que sabía quién era⁵⁵, y en el propio cuerpo de la novela denunció su verdadera identidad.

A este respecto, el episodio del retablo de maese Pedro-Ginés de Pasamonte constituye una auténtica revelación sobre la identidad de Avellaneda. En un primer momento, Cervantes incluye a maese Pedro, un personaje disfrazado al que se relaciona indudablemente con el *Quijote* apócrifo, ya que dirige una representación basada en el *Entremés de Melisendra*, de Lope de Vega, que es interrumpida por don Quijote, de igual manera que el don Quijote de Avellaneda interrumpía la representación de *El testimonio vengado*, también de Lope de Vega. Y al final del episodio, Cervantes desvela quién era en realidad el personaje relacionado con Avellaneda, haciéndonos saber que se trataba de Ginés de Pasamonte, representación literaria de Jerónimo de Pasamonte.

Poco antes de redactar el capítulo LIX de su segunda parte, Cervantes supo que el *Quijote* apócrifo había sido publicado, adquiriendo una categoría más preocupante, por lo que decidió mencionarlo expresamente para criticarlo. Y en ese momento sugirió el verdadero nombre de pila de Avellaneda, ya que el personaje que figura en la misma frase en la que se menciona por primera vez el *Quijote* apócrifo recién publicado, se llama, precisamente, don Jerónimo, como Jerónimo de Pasamonte: «Por vida de vuestra merced, señor don *Jerónimo*, que en tanto que trae la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*» (II-LIX, pág. 471). El personaje en cuestión entrega poco después el libro apócrifo a don Quijote, admitiéndolo como el verdadero. De esta forma, Cervantes hace que su don Quijote sea reconocido como el auténtico por la propia representación literaria de Avellaneda. Y en el mismo capítulo LIX, Cervantes suministró otro dato sobre la identidad de su rival, al afirmar por dos veces y de forma inequívoca que era aragonés, indicación que sería repetida otras dos veces, como hemos visto, en los siguientes capítulos de su obra. De esta forma, a través de dos personajes indudablemente relacionados con el *Quijote* apócrifo,

⁵⁵ Cervantes se expresa en los siguientes términos: «...pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad» (II-PRÓLOGO, pág. 325). A pesar de que esa afirmación de Cervantes indica que sabía quién era Avellaneda, pues de lo contrario no podría haber afirmado con tal seguridad que fingía su nombre y su patria, ha tenido no poca fortuna la errónea creencia de que Cervantes ignoraba la identidad de su rival. *Vid.* al respecto Alberto Sánchez, «¿Consiguió Cervantes identificar al falso Avellaneda?», *Anales Cervantinos*, II (1952), págs. 311-33.

como don *Jerónimo* y *Ginés de Pasamonte*, Cervantes dejó indicados en su obra el nombre y el apellido de su rival, *Jerónimo de Pasamonte*, revelando además que era aragonés. Y como ya había hecho en otras obras anteriores, Cervantes realizó en la segunda parte de su *Quijote* frecuentes alusiones conjuntas al *Quijote* apócrifo y a la *Vida* de Pasamonte, mostrando así su convencimiento de que el mismo autor escribió ambos textos.

En definitiva, el hecho de que el mismo Cervantes identificara a Pasamonte con Avellaneda apenas deja lugar a dudas sobre la identidad del autor del *Quijote* apócrifo, y el cotejo de esta obra con la autobiografía de Pasamonte, así como los indicios que Avellaneda dejó en su texto sobre su lugar de origen y su verdadera identidad, corroboran que Cervantes no estaba equivocado.